



**La cultura
es de todos**

Mincultura



AUTOBIOGRAFÍA DE UNA UÑA

Emilia Pardo Umaña

Prólogo
Maryluz Vallejo Mejía

Ministerio de Cultura
2021





Autobiografía de una uña

© 2021, del texto: Emilia Pardo Umaña
© 2021, de la presente edición: Ministerio de Cultura
Calle 9 n.º 8-31, Bogotá, D. C., Colombia
www.mincultura.gov.co

Coordinación editorial: Pilar Quintana

Edición: Natalia Mejía E.

Compilación: Lina Flórez G.

Corrección: Gustavo Patiño Díaz

Comité asesor: Adriana Rosas Consuegra, Adriana Villegas Botero, Alejandra Jaramillo, Álvaro Castillo Granada, Amalia de Pombo Espeche, Ángela Inés Robledo, Camila Charry Noriega, Diana Patricia Restrepo Torres, Felipe González, Gloria Susana Esquivel, Graciela Maglia, Lina Flórez G., Luz Mary Giraldo, Margarita Valencia, María Orlanda Aristizábal, Paloma Pérez Sastre, Silvia Castrillón, Yijhan Rentería

Diseño de la colección y diagramación: Tragaluz editores S. A. S.

Producción: Laguna Libros

Foto de portada: ca. 1940, pág. 5 ca. 1930, archivo familiar, cortesía de Rosario del Castillo Pardo

Impresión: Diverarte S. A. S.

Primera edición: Ministerio de Cultura, Bogotá, 2021

ISBN 978-958-753-461-0

ISBN Biblioteca de Escritoras Colombianas 978-958-753-424-5

Impreso en Colombia/*Printed in* Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angélica María Mayolo Obregón

Ministra de Cultura

José Ignacio Argote López

Viceministro de Fomento Regional y Patrimonio

Adriana Patricia Padilla Leal

Viceministra de Creatividad y Economía Naranja

Claudia Jineth Álvarez

Secretaria general

Ángela Marcela Beltrán Pinzón

Directora de Artes (e)

Diana Patricia Restrepo Torres

Directora Biblioteca Nacional

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora Grupo de Literatura

Vanesa Morales, Ángela Amarillo,
Daniela Mercado, Felipe Martínez,
Cristian Velásquez, Carlos Cómbita

Integrantes Grupo de Literatura

CONTENIDO

Presentación	11
Prólogo	13
De esta edición.	21

Autobiografía de una uña

PRIMERA PARTE

Anuncio vulgar y urgente.	29
Desorganización	31
¡Por qué soy conservadora!	33
Autobiografía de una uña.	37
Drama en el trópico	41
Ave de salón	45
Los terribles complejos.	49
El diablillo de las máquinas.	53

SEGUNDA PARTE

María Umaña de Pardo.	59
Un destino algo confuso	85
La gitana	89
Breve historia de fantasmas.	93
El espanto de la embajada	101

El precio que no compensa	105
Los nombres de la gloria	109
Retorno al verdadero drama	113
Mis crímenes	117
«Pequeñeces que desagradan»	121
Sin título (entre esas mil cartas)	125

TERCERA PARTE

La carrera de Ki-Ki	131
Consultorio sentimental	135



PRESENTACIÓN



Desde los tiempos de la Colonia, cuando se escribieron los primeros textos en lengua española en nuestro territorio, pasando por los albores de nuestra historia republicana y bien entrados en la modernidad, las escritoras han estado relegadas a un lugar marginal dentro de la tradición literaria de Colombia o se las ha excluido del todo por prejuicios que apenas en la historia reciente se han comenzado a derribar.

Como es de esperarse, los procesos de reconocimiento e inclusión de las mujeres en nuestra literatura han aumentado y seguirán haciéndolo en su importancia y complejidad. Colombia es cuna de estupendas escritoras, como bien podrán comprobarlo quienes lean esta Biblioteca de Escritoras Colombianas, conformada por dieciocho títulos de las autoras más relevantes del país desde la Colonia hasta las nacidas en la primera mitad del siglo XX.

Con esta colección, el Ministerio de Cultura busca rescatar y promover el trabajo de nuestras escritoras, en respuesta a las necesidades identificadas en un estudio que supuso el diálogo con un comité de especialistas conformado por escritoras, editoras, académicas, librerías y gestoras de lectura.

Si bien el común denominador de la Biblioteca de Escritoras Colombianas es el enfoque de género, su piedra de toque es la diversidad. Entre las dieciocho escritoras reunidas en la

colección hay mujeres que escribieron sus obras en condiciones y épocas diferentes, atendiendo a temas disímiles en distintos géneros literarios y con perspectivas estéticas y sociales ricas en contrastes. Las hay de la región Andina, de la costa Caribe, del archipiélago de San Andrés y Providencia, del nororiente, del suroccidente, del Pacífico y del Eje Cafetero; hay escritoras mestizas, negras, raizales e indígenas; privilegiadas y excluidas; amas de casa y profesionales; religiosas y laicas, y también en condición de discapacidad.

En el mundo de hoy, donde cada día se hace más obvia la urgencia de reconocer, reivindicar y respetar los derechos de la mujer, resultan fundamentales tareas como esta de rescatar libros de autoras sobresalientes que están descatalogados o que no han tenido el reconocimiento que merecen y ofrecérselos a los lectores en bellas y pulcras ediciones prologadas por especialistas.

Quiero agradecer a quienes hicieron posible esta Biblioteca de Escritoras Colombianas: a las escritoras, por supuesto, y también a las prologuistas, a los equipos de edición, corrección e impresión, así como a los herederos y familiares de las escritoras ya fallecidas, por su generosidad, y al equipo del Ministerio de Cultura. El entusiasmo y el compromiso que todos ellos aportaron a este proyecto auguran un porvenir próspero para las mujeres en la literatura colombiana.

ANGÉLICA MARÍA MAYOLO OBREGÓN
Ministra de Cultura

PRÓLOGO



FEMINISTA A SU PESAR

No deja de ser curioso que Emilia Pardo se haya referido a las feministas con cierto desdén: «A mí me divierten las feministas, por las cuales tengo un alto aprecio, aunque, por supuesto, insuficiente para llevarme a engrosar sus magras filas de combate» (p. 33).

A ella, las causas reivindicatorias de sus congéneres le daban erisipela porque su credo de conservadora le impedía esas insurgencias. Sin embargo, fue la mujer más liberada de su época. A mediados de la década de 1930 comenzó su fulgurante carrera periodística en *El Espectador*, periódico que la acogió con liberalidad. Por su talento y tenacidad, más que por sus pergaminos —que también los tenía su cachaquísimá familia—, los Cano, los dueños del periódico, la invitaron a hacer parte de una redacción plagada de hombres. Allí congenió de maravilla con sus colegas, con quienes compartía cigarrillos, tragos y noches de bohemia en los céntricos cafés bogotanos. Publicó hasta su muerte, en 1961, y alcanzó tanta popularidad con sus originales escritos que no tuvo que darle gusto a nadie casándose ni llevando una vida convencional.

Eso sí, cada comentario suyo sobre las mujeres era peor que el anterior, en especial los de las señoras casadas, a

quienes no rebajaba de bobas y decía que lo único que leían en los diarios era la página social. Era como si ella perteneciera a un tercer género y mirara desde ese panóptico a hombres y mujeres, identificándose mucho más con los primeros.

Sus afirmaciones rotundas, sin matices, basadas en generalizaciones tan anchas como la de que «todo el mundo es conservador» (p. 34), llegaban a los lectores amortiguadas por el humor y pocos se atrevían a criticarla para no volverse salsa de su lengua viperina. Ella argumentaba con vehemencia y contrariando las reglas de la razón, pero esto no le importaba porque lo hacía con particular gracia. Sus disparatados razonamientos causales eran la delicia de los lectores empachados de doctrina. Emilia era un animal político, pero no se batía a duelo por sus ideas como se estilaba en la época. Ella cambiaba de tercio para no estar dando los mismos lances y pases que la apasionaban en la fiesta brava.

¡Y vaya que lo hizo con la crónica surrealista que da título a este libro, tan cercana al *Perro andaluz*, de Luis Buñuel, cambiando el ojo por la uña! Caprichos de la diarista, ya conocida por el «Consultorio sentimental», de la doctora Ki-Ki, en el que ofrecía consejos —a menudo insensibles e insensatos— a los atribulados corresponsales pese a que ella, soltera irredenta, tenía tanta experiencia en relaciones amorosas como en la crianza de marsupiales. Algunas de las miles de cartas que recibía se incluyen en la parte final de esta antología. En particular, le causaba gracia a Emilia la misiva de una joven que le pedía consejo a ella, y no a la doctora, porque prefería su brutal franqueza. En ese consultorio también afloraban los sesgos y prejuicios de Emilia, quien menospreciaba y hasta consideraba una necedad la intelectualidad femenina.

Igual de extravagante es el elogio a la gallina, en el que la eleva a la improbable categoría de «ave de salón», encomio que ya le había hecho Luis Tejada a la plumífera en una de sus proverbiales crónicas, defendiéndola por haberse comido los ojitos de una pequeña que le jugueteaba (Pardo, 2011). Así mismo, resulta conmovedora la nota sobre el cerdo de una amiga suya que tenía complejo de perro y salía a correr desalado con la jauría, penoso ejercicio que lo mantenía esbelto como un galgo. Y la del perro enorme que se creía pequeño y se acostaba en el regazo de algún sorprendido visitante.

Emilia se regodeaba con las historias de fantasmas que proliferan en la tradición oral de todos los tiempos y geografías, en especial con los fantasmas que le resultaban más familiares, como los que rondaban la casa del expresidente Enrique Olaya Herrera en el barrio El Nogal. O los fantasmas de Santiago de Compostela. O el fantasma de la embajada colombiana en Quito (sin que la autora precise que llegó allí en calidad de asilada política, tras el frustrado golpe contra el presidente Alfonso López Pumarejo, en Pasto, orquestado por Laureano Gómez en julio de 1944, y en el que ella fue acusada de conspiradora).

Y es que lejos de entrar en los berenjenales de la política —aunque sin privarse de echarles vainazos a los liberales, culpables, según ella, de todos los males del país—, priman en esta selección las columnas a guisa de divertimento que Emilia escribía como haciendo volutas de humo con su Pielroja. Abundan, sí, sus deliciosas observaciones sobre los especímenes humanos con sus muchas miserias y pocas grandezas, a la usanza de la crónica de tipos populares como Mario Ibero, que se puso de moda en los años cuarenta. En ellas desfilan las solteronas beatas —un pleonasma—,

las señoras chismosas y los señores ídem, los arribistas, los quejosos, los policías, los gamines rapazuelos de la calle, entre la fauna caracterizada a la manera esperpéntica de un Valle Inclán, porque ella veneraba a los escritores castizos y todo lo que viniera de la madre patria. Tampoco se priva, sardónica, de hablar de las sirvientas y de los que trabajan «como negros». Hoy, como mínimo, sería lapidada en las redes sociales.

Políticamente incorrecta para los tiempos que corrían, en una crónica sobre un canario presuntuoso alude a sus congéneres con esta retorcida fábula: «Y los canarios hembra volvían hacia el Mister no solo sus ojos con la más húmeda y luminosa de sus miradas, sino sus cantos finos, muy estudiados, tratando de copiar lo que oían por la radio» (p. 42). El cuento termina en que una rata, esa sí guerrera y envalentonada con whisky, se zampó al Mister con plumas y todo. Algo así como temprana justicia de género animal.

La única mujer que suscitaba su admiración era Policarpa Salavarrieta, «La Pola», a quien recordaba por la estatua que le erigieron en el barrio Las Aguas, de Bogotá. Un adelesio, según Emilia, que no merecía esta mujer «de carácter realmente sublime», una «criatura heroica» (p. 106). Las de carne y hueso, sus contemporáneas, ni una frase amable le arrancaban. Si acaso las muertas, como la muchacha apuesta y llena de salud que mató y descuartizó al borde de una quebrada a una parroquiana celosa, y el único testigo del hecho fue un niño que se hallaba encaramado en un árbol (p. 113). Estas historias despertaban el morbo judicial de la cronista, que en su madurez cometió una novela policíaca: *Un muerto en la legación* (Editorial Kelly, 1951).

En otras columnas, Pardo Umaña se deslizaba de la anécdota y el drama en apresurados actos al ensayo, con su tesis

de rigor en el arranque, cuanto más rentable si jugaba con la paradoja, al tenor de: «La perfección es, entre todos los defectos, ¡el peor! Parece un exabrupto, pero es así» (p. 53). «No sé si alguna vez reinará el orden en nuestra capital, pero lo cierto es que por un asunto que se arregla se desarreglan dos» (p. 31).

En numerosas piezas, Emilia recoge vivas conversaciones tomadas directamente de la fuente, prueba de que solía saltar del escritorio a la calle para documentar lo que ocurría alrededor, aparte de que era una inquieta andariega y viajera. Por ello Daniel Samper Pizano, quien en su antología de *Grandes reportajes colombianos* incluyó «El reportaje a mamá» —un clásico que no podía faltar en este libro—, la reconoce como la primera reportera del país. «Por su mismo temperamento, independiente y descomplicado, fue la llamada a quebrar esa línea divisoria que hoy prácticamente no existe: el periodismo para hombres y para mujeres» (Samper Pizano, 2001).

Entre las notas autobiográficas de esta selección hay una columna-manifiesto titulada «Mis crímenes», en la que Emilia confesó quiénes la sacaban de quicio y le despertaban instintos asesinos, hasta el punto de rendirles homenaje a quienes descubrieron los efectos mortales del cianuro, el arsénico y al inventor de la ametralladora. Uno de sus blancos fue Arturo Suárez Dennis, «el novelista del amor verdadero», a quien ridiculizó sin compasión.

Para conocer más sobre su vida aventurera y sus audacias memorables se puede leer el retrato que hizo la sobrina de Emilia, Rosario del Castillo, Camándula, en *Crónicas de una mujer de 1,49*, antología periodística recogida por Lina Flórez G. —también compiladora de esta edición— y por Pablo Pérez, entre más de cinco mil artículos que escribió

en el siglo XX esta sucesora de Soledad Acosta de Samper, otra de las autoras incluidas en la Biblioteca de Escritoras Colombianas. Camándula la describió sin maquillajes: «Emilia no era dulce, no era suave ni muy femenina. Directa y frentera, hablaba duro, y, como era costumbre en su casa de nueve hermanos, tenía el hábito, que siempre cae mal, de decir lo que pensaba sin anestesia» (Flórez & Pérez, 2018, p. 13). En 1984, Camándula también prologó la primera antología que se hizo de la cronista bogotana, *La letra con sangre entra*.

Para cuando Emilia escribió sus crónicas no se hablaba de técnica narrativa, ni ella pasó por ninguna escuela periodística o literaria. Lo suyo fue escritura automática, sin filtros ni autorregulación, a la velocidad que permitían las máquinas de escribir de carrete. Pero ella parecía tener plena consciencia de estas técnicas, como el diálogo que le da un delicioso regusto a conversación a sus notas ligeras; las descripciones, como telones de boca; el uso generoso de la ironía —rayando en el sarcasmo—, y la imprescindible hipérbole para caricaturizar las situaciones cotidianas. Marcas de un estilo irreverente que no ha perdido la frescura después de más de setenta años.

Estilo de cronista ligera, como se autocalifica en una de sus notas, en contraposición a los editorialistas sesudos:

Porque si bien es cierto que el público lector, al terminar de leer nuestras paparruchas nos ama de corazón, si está de acuerdo, o nos odia desde lo profundo de las entrañas, si está en desacuerdo, de todos modos nos olvida en el plazo máximo de dos segundos. (p. 89)

Por ello esta dama curtida no creía que detentara ningún cuarto poder ni qué ocho cuartos.

MARYLUZ VALLEJO MEJÍA*

REFERENCIAS

- FLÓREZ G., L. & PÉREZ P., P. (2018). *Emilia Pardo Umaña. Crónicas de una mujer de 1,49*. Fondo de Cultura Económica.
- PARDO, E. (2011). Los ojos. En D. Samper Pizano & M. Vallejo (Eds.), *Antología de notas ligeras colombianas* (pp. 104-106). Aguilar (obra original publicada en 1918).
- SAMPER PIZANO, D. (2001). *Antología de grandes reportajes*. Aguilar.

* Comunicadora social-periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana y doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Profesora universitaria durante más de treinta años, ha publicado libros sobre la historia del periodismo en Colombia, géneros y especialidades periodísticas.



DE ESTA EDICIÓN



Autobiografía de una uña es una selección de textos humorísticos y literarios de Emilia Pardo Umaña, compilada para la Biblioteca de Escritoras Colombianas, por Lina Flórez G., con la colaboración de Natalia Mejía E., a partir de las publicaciones de la autora en *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Siglo* e *Intermedio*, entre 1935 y 1957.

El 2 de diciembre de 1935 la autora hizo, con su humor característico, su propia presentación:

Me llamo Emilia Pardo Umaña [...]. Nací en esta muy católica, muy leal y muy aburrida ciudad de Santa Fe de Bogotá, por allá en un año de cuya fecha no quiero acordarme. Soy completa, absoluta y definitivamente soltera, digo yo, que porque no he querido casarme, y dicen mis amigas, que al fin buenas amigas bogotanas son más falsas que un marido fiel, que porque no he tenido con quién hacerlo. ¿Quién dice la verdad? Vaya usted a saber. [...]. Escribo una crónica diaria en *El Espectador*, diario vespertino de gran circulación, crónica de la que soy responsable yo sola, de una manera muy relativa, naturalmente, y en la que me contradigo casi a diario, porque soy fantasiosa e imaginativa, comprensiva y profundamente humana. (*El Espectador*, p. 11)

Presidió la primera asamblea del Círculo de Periodistas de Bogotá, fundado en 1945, y escribió, además, en otros diarios y revistas como *El Mercurio*, *América*, *Cromos*, *Letras y Encajes*, *Sábado* y *Vida*. En su «Genealogía del humor cachaco», Eduardo Arias habló de ella como «una mujer adelantada a su tiempo, que desafió las convenciones sociales de su época y [...] también dio muestras de un humor muy agudo en varias de las columnas de opinión y de consejos sentimentales» (2018, p. 44).

Patricia Londoño escribió que cuando a Emilia «alguna noticia la irritaba o despertaba su burla, o cuando las situaciones eran cursis o injustas, no tenía pelos en la lengua. No le importaba ser irreverente ni ir contra la corriente» (1985, p. 75). Fue pionera en su género —está considerada como la primera periodista profesional de Colombia— y en la forma de abordar el oficio; como dice Londoño, les allanó el terreno a quienes la sucedieron, con su «estilo no muy convencional de periodismo al que luego nos acostumbrarían grandes como Klim, Gabriel García Márquez y Daniel Samper» (p. 75).

No solo escribió columnas de opinión, «tuvo también acercamientos a otros géneros [...] como el reportaje, la crónica, la revista taurina, incluso con incursiones en la ficción, pues algunos de sus textos podrían calificarse como cuentos» (Flórez & Pérez, 2010, s. p.). En esta edición rescataremos varios de esos relatos y segmentamos el contenido, en un orden distinto al cronológico, en tres partes: la primera, cuando escribió desde una férrea postura conservadora y en tono hilarante sobre temas absurdos; la segunda, cuando apeló a su cambio de ideología—abiertamente se declaró liberal— y exploró formatos más literarios; y la tercera, cuando inauguró el «Consultorio sentimental», de la doctora

Ki-Ki, personaje inventado por ella a través del cual recibió cartas e intercambió consejos con los lectores, y que coexistió con sus propias columnas en distintas páginas de *El Espectador* durante más de diez años.

«La carrera de Ki-Ki», donde introdujo al personaje, así como la selección del famoso reportaje a la mamá, aparecen en *La letra con sangre entra*, publicado en 1984 por la Fundación Simón y Lola Guberek. Los demás textos aquí editados no se encuentran en la otra antología periodística de la autora, *Crónicas de una mujer de 1,49*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 2018.

En general, ajustamos las sangrías, el uso de comillas, cursivas y rayas y la puntuación a los estándares de hoy. Algunas columnas incluían palabras de otros idiomas, sobre todo del inglés, el latín, el francés y el italiano. Agregamos las traducciones en notas al pie, así como las descripciones de algunos términos poco usados. En este último caso, nuestra referencia fue el *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española & Asociación de Academias de la Lengua Española, 2014).

REFERENCIAS

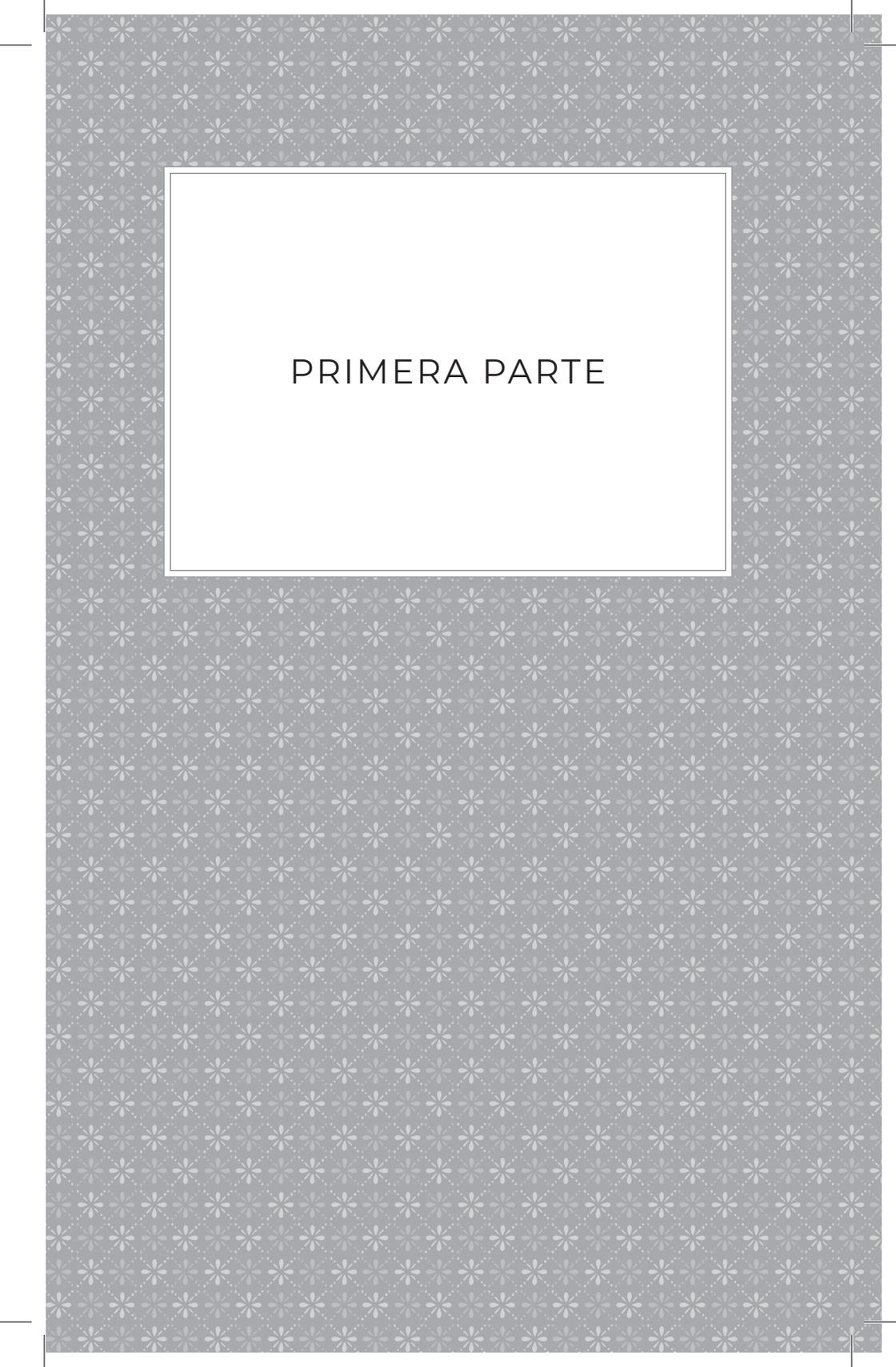
- ARIAS, E. (2018). Genealogía del humor cachaco. *Boletín cultural y bibliográfico*, 52(95), 28-47. https://publicaciones.banrepultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/20430
- EL TIEMPO. (2015, 8 de febrero). Círculo de Periodistas de Bogotá celebra sus 70 años de historias. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15217616>
- FLÓREZ G., L. & PÉREZ P., P. (2010). *Emilia Pardo Umaña, vida y obra de la primera mujer periodista en Colombia 1907-1961*. http://emiliapardoumana.blogspot.com/p/obra_10.html

Autobiografía de una uña

- LONDOÑO, P. (1985). Exagerada, cómica, descodificadora. *Boletín cultural y bibliográfico*, 22(03), 75-76. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3287
- PARDO, E., (1935, 2 de diciembre). Vamos pues... ¡conozca! *El Espectador*.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA & ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.^a ed.). Recuperado el 23 de septiembre de 2021, de <https://dle.rae.es> (Versión digital 23.4 actualizada en 2020).

AUTOBIOGRAFÍA
DE UNA UÑA





PRIMERA PARTE



ANUNCIO VULGAR Y URGENTE

Resido hace unos catorce meses en Mosquera, la que Lenc¹ llamaría una idílica población sabanera, dulce, acogedora y encantadora. Lo que yo llamaría un pueblito sabanero, sin adjetivos.

Y quiero irme pronto, prontísimo, ¿las razones? Como en todos los casos, cien mil, pero bastan las dos últimas: nací andariega y, contra lo que les ocurre a muchas gentes, me gustan las caras nuevas, los gestos que no conozco, aunque sé de antemano que, al menos en Colombia, las caras nuevas son viejas y muy conocidos los gestos que ni siquiera imaginé. Pero esta razón es superficial: Mosquera tenía un acueducto de pueblecillo sabanero, pero peor: un hilo de agua corría a veces y ese hilo era amarillento, de mal color bilioso, de extraño sabor. Pero era agua con la que se podía rociar las matas.

Un gobierno municipal activo mezcló el acueducto con las alcantarillas acabadas de terminar. Yo —yo por lo menos— no puedo soportar esto, pertenezco a las minorías inconformes. Ya no se pueden rociar las matas ni se puede respirar el aire cargado de toxinas. Dicen que «algún día esto se remediará...», «tal vez con el tiempo se haga un buen

.....
¹ «Lenc» fue el seudónimo empleado por el periodista y político Luis Eduardo Nieto Caballero (1888-1957). (Nota de la compiladora).

acueducto...», «el agua, al fin y al cabo, no se necesita para nada...», «las plantas son feas...».

Y pido a quien desee alquilar algunas habitaciones sobrantes en su casa, que me indique dirección y precio. Pido terminantemente: dos habitaciones por lo menos, que no sean chicas y no tengan ningún mueble, en una casa honorable, que por el occidente no esté situada más lejos de Fontibón, ni por el sur más allá de Bosa, ni por el norte más lejos de Usaquén. Deben ser entabladas porque soy mala amiga de las pulgas y muy buena de la cera.

Llamo gente honorable a la que lo es: no pretendo gente beata ni mojigata. Gente honorable, sencillamente.

Dentro de mis habitaciones, que han de tener derecho a baño, exijo resueltamente una total independencia: me levanto cuando quiero —adviento que ningún ruido me molesta—, y hago lo que a bien tengo. Si hay niños, nunca, bajo ningún pretexto, deben entrar en mis habitaciones que, por lo demás, cerraré cuidadosamente. Obvio es decir que así como quiero independencia, respeto por completo la de mis hospedadores. Ya veré cómo me alimento, y, si por casualidad, no doy señales de vida en un día entero o en dos —lo que quiere decir que estoy dormida o muerta—, no hay que llamarme. Necesito, diariamente, agua para lavarme las manos.

Soy una buena, excelente, paga. Como no quiero que me molesten no molesto nunca, y jamás doy recomendaciones.

El Tiempo, 3 de enero de 1953

DESORGANIZACIÓN

No sé si alguna vez reinará el orden en nuestra capital, pero lo cierto es que por un asunto que se arregla se desarreglan dos. Hasta hace poco, una de nuestras tragedias consistía en la falta de bomberos. Cuando de tarde en tarde estallaba un incendio, se devoraba a satisfacción la manzana entera sin que los innúmeros baldes de agua que acarreaban los vecinos fueran suficientes para otra cosa que no fuera la de mostrar la cantidad de seres desocupados y vasijas ídem de la ciudad. Pero nuestro municipio, en uno de esos momentos sorprendentes y lúcidos que a veces lo asaltan, nos surtió de un magnífico cuerpo de bomberos, ornato de la ciudad. ¿Y qué sucede ahora? Que han desorganizado completamente los incendios. Cuando llega a haber uno digno de ser mencionado ocurren casos fatales. Cito, como ejemplo, el de una pobre viuda que en días pasados vino a pedirme socorro por hallarse muy apurada.

Era propietaria de una casita, muy chica y pobre, pero al fin suya, en las afueras de la ciudad. Cuando —precisamente acababa de pagar el impuesto— uno de sus chicuelos dejó una luz cerca de un colchón, que se prendió y motivó un pequeño incendio. Corrieron los vecinos con ollas y totumas y cuando ya tenían casi minado al enemigo, una servicial persona cuyo nombre se ignora avisó a los bomberos.

Rápidos como el vendaval llegaron y descargaron sus potentes mangueras sobre el colchón, que desapareció bajo la nube de agua. Cuando esta se disipó, pudo verse que había pasado por un hueco abierto en la pared por la fuerza del agua, como de dos metros, y como el total de la casa tendría de seis a ocho de edificación, los restantes se desplomaron o al momento de salir esta edición se disponen a hacerlo.

Anoche ocurrió otro incendio que pude observar muy de cerca. Creo que avisaron al cuerpo de bomberos en cuanto empezó, «antes de que cogiera fuerza». A los tres minutos llegó el equipo antecedido por seis motociclistas, todo muy bonito y en grande orden; el público, comprendiendo su misión, llenó la cuadra, llegó a la carrera un pelotón de policía, el acueducto soltó el agua que había en reserva —claro que no había en reserva, pero si no lo afirmo se daña la descripción— por la calle 13 y... ¿el incendio? No hubo modo de encontrarlo. No, no estaba en ninguna parte.

No sé a quién se deba pasar esta queja, pero el que se sienta aludido debe imponer una fuerte multa a quien avise a los bomberos antes de que el incendio haya crecido un poco; es notoriamente elemental que a su llegada encuentren siquiera el fogón encendido.

El Espectador, 19 de enero de 1935

¡POR QUÉ SOY CONSERVADORA!

A mí me divierten las feministas, por las cuales tengo un alto aprecio, aunque, por supuesto, insuficiente para llevarme a engrosar sus magras filas de combate. Una de ellas acaba de dirigirme una carta en la cual asegura que yo nunca estoy de acuerdo con mis ideas —no estoy de acuerdo conmigo misma, lo cual es distinto—, que me contradigo a cada paso y necesito una disciplina intelectual que rijan mis actividades para que puedan ser útiles a mi sexo. Tras una argumentación extensa y pesadísima, dice, para probar sus asertos, que mis opiniones están a menudo tocadas de liberalismo y como se transparenta mi sinceridad en ellas, evidentemente escribo sin pensar. Termina preguntándome, tras de hacerme notar que he dicho tal cosa en una ocasión y tal en otra, por qué soy conservadora.

Para contestarle plagio el título de esta nota: soy conservadora por la razón más sencilla e irrefutable: porque toda persona conocida es conservadora. El conservatismo, carísima corresponsal, es un partido que posa sobre la más firme de las bases y sobre la única inalterable: la biología de la humanidad. No son tan diferentes, como se creen, las ideas entre unos y otros partidos políticos. Todo ser medianamente racional, con un pequeño sentido de la equidad y la justicia, tiene ideales más o menos semejantes: la mejora de todas las clases, la libertad de pensamiento y palabra, el progreso, la salud física y moral de todos los individuos. Unos conciben estas cosas

de una forma, otros de otra, pero al analizar pensamientos todos convergen en los mismos puntos.

Pero ¿los liberales no son conservadores? ¡Ave, María! ¡Claro que lo son! Todo el mundo es conservador. El conservatismo, en su esencia, es costumbre, deseo de no modificar, de llegar a esa paz especial denominada «felicidad» por la cual luchan todos los humanos. Por eso romper una costumbre, aun para lograr resultados que beneficien a todos, es tan difícil: nadie quiere cambiar, porque todo cambio implica formarse una nueva disciplina y esto es una calamidad. Implantar el baño de ducha fue una lucha de titanes y de muchos siglos, las gentes estaban habituadas al platón y la idea de luchar para graduar la regadera les parecía espantosa. El liberal es revolucionario, quiere llevar adelante rápidamente mejoras que el conservador implantaría gota a gota. Pero como el liberal es conservador dentro de su propio yo imposible de cambiar, se impacienta y se desespera con las mejoras que implanta, las que al volverles a los demás la vida un lío también lo embroman a él. Para llegar a un liberalismo realmente sincero sería preciso acabar con el egoísmo que todos tenemos y que se deriva del buen funcionamiento de las glándulas, y del anhelo —muy justo por lo demás— de poder dormir en paz la siesta y tener una buena digestión. De manera que habría que alterar el funcionamiento normal de todas las glándulas, lo cual traería una era catastrófica, de actividades desbocadas, puños y mordiscos, en la que todos los seres acabarían por devorarse entre sí.

Por eso los partidos liberales se cuidan de aumentar sus núcleos votantes, pero imploran al cielo para que no se vayan a acabar los conservadores. El partido de las derechas, en el mundo entero, representa a la gente que está contenta, y la humanidad, mientras no la hagan nadar contra la corriente, está siempre contenta, aunque diga otra cosa.

¿A dónde cree usted que van, por ejemplo, las leyes para conservar a los empleados y obreros en sus puestos, sin que los desplace caprichosamente el nuevo alcalde, gobernador o ministro? A que los empleados y obreros no se hallen de la noche a la mañana liberalizados, es decir, obligados a romper su vida calmada, segura, con almuerzo a las doce y comida a las ocho, para dedicarse a empeñar el menaje con el fin de subsistir. La humanidad toda, toda sin excepción, no aspira sino a poder adquirir costumbres y a que los demás le respeten esas costumbres. La humanidad aspira, pues, a ser conservadora, y a lo que uno aspira, eso es.

¿Usted sabe por qué se enloqueció materialmente Bogotá con el doctor Jorge Eliécer Gaitán? ¿Por los uniformes de los choferes? Pamplinadas. Porque era un pésimo psicólogo. Todos los días dictaba ochenta y cinco decretos, procurando que incomodaran hasta el máximo límite a los demás. ¿Eran útiles? Posiblemente, pero eso de que el tranvía no siguiera su ruta de siempre, pintar la casa por la mañana, despintarla por la tarde, sembrar arbolitos, embolar las calles, volar los monumentos, era un sistema que tenía en permanente tensión los nervios de todos. Y como nadie podía almorzar tranquilo, la gente prefirió llevarse de calle al alcalde y almorzar en santa calma. Fue el conservatismo, señora, el conservatismo integral que se defiende. Y como a mí me gusta escribir por la mañana, renunciar antes del almuerzo, jugar *bridge* por la tarde y dormir por la noche, como no quiero que de repente me notifiquen que me toca dormir sobre un hilo del telégrafo, porque así lo exige la política estremecida, soy conservadora. Por la misma razón por la cual son conservadores todos los liberales.

El Espectador, 31 de octubre de 1938



AUTOBIOGRAFÍA DE UNA UÑA

No recuerdo exactamente cómo se efectuó mi nacimiento, ni en qué forma se deslizaron mis primeros años. Creo que son pocos los mortales que podrían dar a este respecto datos seguros. ¡Está una tan chiquita! Mi nombre es Nuña, es un bello nombre, sin duda, que heredé de mi padre, descendiente de viejos hidalgos españoles, y que mereció por su carácter intransigente, severo, de firmes ideas conservadoras y nociones del honor tan definidas, duras e irrefutables —que hoy casi se han perdido—, el título de «don Nuño». Lo recuerdo muy bien con su aspecto rugoso, serio e imponente. En esos tiempos no se usaba, como ahora, la higiene, y él atribuía a la falta de baño su recia contextura hercúlea. Era muy respetado y siempre tuvo una hermosa barba negra, que no encaneció ni en su vejez.

Yo, por gracia de mi nacimiento y de mis abuelos, fui destinada a ocupar el dedo pulgar del pie derecho de mi dueña, una hermosa muchacha no menos noble que yo, por demás está decirlo. A pesar de la educación que recibí, sujeta a estrictas normas de las que jamás debía salir, el ambiente moderno influyó notablemente sobre mi carácter y tengo que confesar, no sin cierto rubor, que me agradaba mucho el esmalte rojo que hacía más relevante la belleza de mi porte cuando bajaba a veranear a Apulo y podía coquetear con

cierta ligereza, a través de las lindas zapatillas formadas por finas tiritas de ante que usaba mi señora.

Me agradaba también el baño y sentía resbalar con placer innegable —y ciertamente algo pecaminoso— el agua por encima de mi hermosa epidermis. Además, corregía, no las imperfecciones, porque no las tenía, pero sí el excesivo crecer de mis extremidades con una finísima lima, cuidadosamente manejada. En fin, estaba siempre a la última moda. Unas maravillosas medias de seda de gran precio, reforzadas admirablemente en la punta del pie para mi exclusivo abrigo, me cubrían, y en cuanto me desagradaban, con gesto caprichoso, que a todos parecía encantador —menos a mi dueña—, las agujereaba con un leve mordisco, casi siempre de mortales consecuencias.

Dada mi delicadeza, nunca dejó mi dueña de procurarse calzado extranjero, fino y suave, como para una princesa, el que tanto a mí como a mis compañeras nos protegía de las pedrezuelas del camino, de los baches y los bichos, y nos conservaba inalterablemente bellas. ¡Pero la vida es triste! Mi señora contrajo matrimonio con un joven de gran porvenir, lo que equivale a decir de pésimo presente. El dinero disminuyó y cuando íbamos de veraneo el consorte no dejaba que su esposa comprara las sandalias de que he hablado anteriormente, dizque porque eran un gasto más. Esta fue nuestra menor pena.

A poco comenzó a comprar siempre zapatos hechos en el país, dizque porque los venidos de allende los mares eran demasiado caros. Enterada por la prensa de lo que debe hacerse en caso de descontento, incité a mis compañeras a la revolución, y lentamente empecé a escarabajar la dulce carne que me rodeaba, haciendo sufrir a mi señora con lenta y refinada crueldad. Esto lo hacía siempre cuando íbamos por la calle

o de visita, calmándome al sentir las pantuflas y comprender que podía ser castigada.

Pero un día, en que me hallaba de bastante buen humor, mi dueña se dirigió a una fiesta, bailó animadamente y con la música me puse tan contenta que saltaba y me movía de un lado a otro, sin consideraciones a las células inferiores que me rodeaban. Estas se irritaron, naturalmente, pero yo seguí feliz, sobre todo cuando el champaña que ingería la señora empezó a llegar a mí, atraído por el ruido que armaban las molestas proximidades irritadas, como ya he dicho.

El licor se me subió a la cabeza y empecé una desenfundada danza que si hubiese visto mi padre me habría traído el más severo castigo. Tal fue mi agitación, tanta mi ansia de libertad, que no me di cuenta de que estaba destrozando los tejidos adyacentes hasta que un chorro de tibia sangre me lo explicó. A poco me dormí.

Al día siguiente mi dueña se dirigió a una clínica y allí un feroz cirujano, después de atarme, me extrajo de mi mansión solariega, con madre y todo. Arrojada al jardín, sin techo ni refugio, he resuelto, para terminar dignamente mi triste vida, entrar a alimentar un magnífico rosal vecino, siempre que se admita un memorial por el cual pido que sean dedicados mis restos a formar punzantes espinas. Es la postrera esperanza que conservo de poder, algún día, arañar la piel, sea de mi ama o del cirujano. ¡Cuán dulce es la venganza!

El Espectador, 23 de junio de 1936



DRAMA EN EL TRÓPICO

¡No! No era el Míster un canario vulgar. Nació en una gran pajarería muy reputada de los Estados Unidos y, desde el mismo instante en que asomó, rompiendo el huevo con un insignificante piquillo blanco, poseía ya un hermoso pedigrí que le otorgaba los más altos títulos de nobleza «canariense».

¡Qué cuidado tenían en cambiarle cada día el agua, en mirarlo crecer, en buscar para su piquito, cuando comenzó para él la dorada adolescencia —dorada de verdad, entre su jaula lujosa y sus plumas brillantes— el más fino de los al-pistes extranjeros!

Tenía un natural orgullo, cuando los compradores del mundo entero llegaban a la pajarería, el joven Míster los analizaba con sus ojillos negros, pequeños y brillantes como cuentas, y por lo común les volvía la cola desdeñosamente. ¿Esa solterona de aire agresivo que pasaba junto a su jaula? ¡No! Él, el Míster, no quería caer en semejantes manos. ¡Vamos, que no! Y apretaba el piquillo, que no dejaba escapar ni un sonido, mientras el vendedor se deshacía inútilmente en elogios de su bella voz de contralto; de contralto de canario, se entiende.

Un día, porque se hallase de buen humor, o porque le gustara una compradora, el canario lanzó al aire el repertorio de todos sus trinos. Y, acto seguido, a precio de oro, con su pedigrí y todo, pasó a manos de su nueva propietaria.

¡Qué vida de lujos y regalos se dio el Míster! Viajó en un enorme avión, refugiado en su jaula, algo extrañado del zumbar continuo de los motores. Se halló de pronto en una ciudad clara, de calor ardiente, y luego subiendo, subiendo, llegó a una ciudad fría y opaca, en la que halló su residencia.

No se resintió del corazón, no se resintió de nada. El Míster, en pleno trópico, tenía tan brillante su plumaje amarillo, tan fino su pico y tan vivos sus ojillos como en la gran pajarería donde nació. Pero igual aquí lo esperaba el placer soberbio de ser el único.

Obvio es decir que su dueña tenía otros canarios, bonitos, alegres, cantores, pero vulgares canarios de la tierra, que nunca llamaron su atención. Buenos compañeros y algo humillados ante el recién venido, trataban por todos los medios conocidos de trabar amistad con él; la verdad es que fracasaron. Y las canarias hembra volvían hacia el Míster no solo sus ojos con la más húmeda y luminosa de sus miradas, sino sus cantos finos, muy estudiados, tratando de copiar lo que oían por la radio. ¡Bah! Tiempo perdido, porque lo cierto es que ninguna podría preciarse de haber obtenido nada del Míster. Nada, ni una mirada.

Vivía solo en su jaula de plata que, montada sobre una alta vara roja, dominaba el horizonte. Y cuando veía a su ama, para que no supiese nada de lo antipático que era con las pobrecitas canarias, que perdían lastimosamente las horas tratando de parecer más bellas, lanzaba una colección de trinos de canario de buena familia.

El gato lo miró un día asiduamente y el Míster dejó de cantar. Y el gato hubo de coger sus «chiritos» y buscar casa.

Hasta que antier...

Eran las seis de la mañana. Hacía un tremendo frío cuando la muchacha bajó a quitar a la jaula de plata, que se elevaba

sobre su gran vara roja, la cortina que la cubría. Y un grito agudo, de alarma, llenó la casa:

—¡Mi señora! ¡Mi señora! ¡Se han comido el canario!

La señora bajó apresuradamente y con bastante incredulidad. En primer lugar, no había gato, y en segundo... En segundo, sobre el fondo de la jaula quedaba el pico y algo así como un reguero de plumas doradas salpicadas de sangre fresca. ¿Qué había pasado? ¡No! Sí, es realmente increíble que una rata, una vulgar rata del trópico, se trasnochó y se sintió hambreada. Primero trepó sobre la mesa, donde apenas encontró algunas migajas de pan y un poco de whisky en el fondo de una copa. Lo probó. Le gustó. Lo siguió bebiendo. «¡Qué cosa maravillosa!», se dijo la rata, y no dejó casi nada. Cuando acabó de beber, no era ya una vulgar rata del trópico: se sentía guerrera, magnífica y heroína.

Volviéndose, observó las jaulas de los canarios. A su alcance, muy cerca, estaba la gran jaula de canarios tropicales, llena de animalitos gordos que la miraban con terror; pero lejos de su alcance, muy lejos, en lo alto de la varilla roja estaba el extranjero desdeñoso que la contemplaba con aire de compasión. «Qué fea rata», parecían decir sus ojillos indiferentes.

La rata se sintió humillada, pero se repuso, bebió un poquito más de whisky y saltó, subió como por una cucaña a la jaula de plata, rompió la puerta, tomó al Míster y se lo engulló sin dejar casi nada, solo el pico y las plumas, porque materialmente no le caían bien.

Y fue así como antier, bajo el frío de la mañana bogotana, terminó su vida, no obstante el famoso pedigrí, el Míster, que se hallaba frente a la primera rata del trópico que conoció las excelencias del whisky.

El Espectador, 28 de agosto de 1941



AVE DE SALÓN

«Holgad, gallinas, que el gallo está en vendimias».

Como todo va cambiando en el mundo, conviene dar importancia al decorado moderno; no puede ser que cosa de tal cuantía, centro de nuestra vida, eje de rotación y de evolución, lo dejemos pasar indiferente, sin darle siquiera el corto espacio de un comentario.

Fueron tiempos, fueron, que no volverán.

Generalmente, a falta de chimeneas, había una espesa alfombra cálida y si bien es cierto que la gente se quejaba poco de frío, tal cosa se debía en parte a la ropa interior de lana, que hoy se vería espantosa; al piano en el salón, porque un piano conforta, y al coñac Hennessy que se tomaba el marido y nunca le daba a la mujer. Eso no obsta, por supuesto, para que ella, con el pretexto de sacar vino Madera para preparar un plato, a lo mejor también trasegara uno que otro traguillo a pico de botella, pero esto no pasa de ser una infame suposición.

Fueron de Baccarat las lámparas y de Bohemia el cristal de la mesa. A falta de individuales, tan destempladores, había manteles de encaje de Venecia y hasta de Brujas; se usaron mantas inglesas y también bayetones, y los grandes perros saludaban alborozados la vuelta del amo, no porque los sorprendiera, sino porque esa era su misión.

De todas estas cosas pasadas nadie habla hoy, ni de esos perros —porque los pekineses no son perros, sino esquemas de un animal mezcla de perrillo atrofiado y bolas de cristal—, ni de los gatos lentos, sabios, perezosos; ni de los toches y los turpiales y los canarios. Ya ni cuadros pone la gente en las paredes, pero pone estuco y hace entrar con todo su colorido, su gracia y su encanto los jardines a los salones. ¡Claro, hay que decorar con algo!

Tal cual señora pía —¡pero muy pía!— todavía guarda tras la puerta los santos apóstoles que por fortuna son doce, a ver si así, en grupo, atajan a los rateros; y una que otra todavía tiene en la despensa la imagen de san Cayetano para que no falte el mercado. Por cierto, que hay que ver los gestos tan agrios y poco cordiales que se aguanta san Cayetano.

La mayor parte ha reemplazado todo eso con cosas más o menos insustanciales, pero a la moda del día. Lo único que nadie reemplaza son los animales domésticos. Ya no son domésticas las vacas porque no caben en ninguna parte y, además, se han vuelto normandas, es decir, extranjeras. No hay pesebreras, los perros todo lo ensucian y se ha olvidado la ciencia japonesa de educar gatos. Imposible pensar en canarios, ni en turpiales, teniendo en cuenta que pican los jardines, y ya hemos consignado que estos reemplazan los pianos y las porcelanas.

Pero «no es bueno que el hombre esté solo» y la mujer esté en cine. ¿Por qué no pensamos en un buen animal de salón, decorador, que dé cierto gran tono a las nuevas mansiones y a las nuevas vidas? Pero ¿cuál? Pues la gallina, eso es lo más indicado. Tiene muchos méritos en su haber, ante todo dará a las cosas ese aire de comodidad, de familia

desahogada, de gente de pro² que no ha olvidado del todo la ciencia de saber vivir. Luego, es animada, charla por diez y es poco lo que trabaja, finalmente, tal vez en un salón de ella, que debe sentirse menospreciada, recuerde de nuevo sus deberes.

Porque la verdad es que las gallinas, muy conscientes de las reivindicaciones sociales, ya no llenan ni medianamente su cometido y en vez de aquel modito que tenían de recorrer los jardines picoteando con gracias, y eran una dulce promesa, hoy son una especie de cobradoras de impuestos.

Hay que ver: ¡poner huevos a cuatro centavos! Y eso de «poner huevos» es únicamente una expresión, porque la prensa libre es digna de respeto. Ponen un huevo, casi siempre chirriquitico, y no se vuelven a dar por notificadas. Además, lo ponen mal: no digo —eso no— que dejen de acurrucarse con gran estilo y enorme despliegue de crinolinas de gallina; también cacarean en aquel tono olímpico que deja a los gallos sin saber quién manda al fin en el corral, pero antes los huevos tenían una cantidad muy aceptable de vitaminas; yema, naturalmente, una yema grande y ruborosa y a veces dos; clara, con su dosis de albúmina; luego una delicada tela envolvente y maternal, y finalmente cáscara, que era a la vez frágil con esa fragilidad femenina...

Es de vidrio la mujer,
mas no se debe ensayar
si se puede o no quebrar
porque... ¡todo podría ser!

.....
² Gente que se distingue por sus buenas cualidades.

Y aquella cáscara, a la vez, era resistente y clarificada. Ahora apenas si es un cascaroncito que eso deja ver el fondo, se han tragado la suave telita envolvente, economizan vitaminas y cobran cuarenta centavos. Una exageración.

Quizá cuando vieron hacer huevos en máquinas se ofendieron, o no les gustaron esos huevos yanquis que se preparaban sin gallo y que importaron. Sea como sea, es conveniente darles todos los honores, aparte de que un animalillo que logra con una cacareada y unos minutos producir cuarenta centavos, no puede dejarse en un corral: ¡es ave, hermosa y preciada ave de salón!

El Tiempo, 21 de agosto de 1957

LOS TERRIBLES COMPLEJOS

Mi amiga tenía un perro. No creo que fuese muy fino, pero nunca me atreví a preguntarlo. Era un perro de apariencia común, grande, enorme, con una cola de esas que baten al viento, y horriblemente molesto. No precisamente porque a mí me molesten los perros, sino porque como les ocurre a casi todos los seres humanos: detesto en los animales —incluyendo en los animales al hombre y a la mujer— que tengan complejos inauditos. He observado que, contra cuanto digan los psiquiatras y psicólogos de mayor o menor envergadura, nunca los que tienen un complejo sufren con él. Los que sufren son los que han de padecer ese complejo, es decir, los otros, los que no lo tienen.

Ya he dicho que el perro de mi amiga era grande, enorme, con orejas gachas que casi llegaban al suelo y con una cola semejante a esos abanicos que usan en África para espantar unas microscópicas moscas del rostro de los adultos y fieros sultanes. Lo malo del perro de mi amiga no era eso, que todo eso a nadie se le da un bledo: lo grave era que tenía un complejo de perro chico. Llegaba usted de visita y el perro, convencido de que era del tamaño de un pekinés enano, saltaba sobre usted y, sacando una lengua de dos palmos, lo acariciaba. Si usted ensayaba ante sus manazas una tímida defensa, el perro, dichoso, creyendo que lo acariciaban, lo

golpeaba con la cola, y ya lo teníamos a usted, caro amigo, en la más ridícula de las posturas en un sofá. Ignoro el fin de su destino, pero creo que, como les ocurre a muchos hombres, jamás pudo convertirse en perro grande.

Lo más serio es que esto, que algunos acaso crean un vicio, y para mí es un fenómeno de desadaptación, se está extendiendo. Tiene mi amiga, que es joven y linda, radiante, y por añadidura dichosa, una media docena de perros enormes que ladran y —claro— no muerden. Le regalaron un marranito y ella se dedicó a engordarlo muy bien. Pero el condenado marrano se adelgaza, aunque come como un león, porque le ha dado la manía de creerse perro.

Así, cada vez que ve salir la jauría con el amo a caballo, el marrano desalado, dejando su pitanza como si no fuera nada, corre con ellos lanzando una especie de berridos incomprensibles. Ya a mitad de camino se devuelve extenuado, pero siempre moviendo su colita al viento, una colita que parece el rasgo de la *a* de la maestra de escuela, y llega rendido a tenderse y respirar largas horas, sin comer, naturalmente.

A todas estas, otra amiga ha salido con una serie de gansos, de los cuales dos, al menos, son intolerables. Persiguen a cuanto señor o peón ven en la hacienda, pero están dichosos al lado de las señoras feroces; hermosos, montando la guardia:

—Carlos —pregunté al dueño de la hacienda, que es un fresco, sea dicho de paso—, ¿y qué será lo que les pasa a estos animalejos?

—¡Ajá! ¿Y tú creías que la leyenda del cisne y Leda la inventaron así como así? ¿Que fue cosa de la imaginación desbocada de un excéntrico o de un genio sin tema? ¡No! Todo lo que en la naturaleza se copia, o lo que de ella se copia, nace

de una verdad. Estos son sencillamente cisnes bien educados que han leído los clásicos.

Entre tanto, en Suba, un pisco cree que es perro y muerde a quienes él, con criterio de pisco, supone merodeadores. Es decir, que muerde precisamente a los que no lo son.

Presento el problema y puedo referir casos, nombres, propietarios a quien lo desee. Después de todo, la dueña del marrano que se está quedando en los huesos me lo agradecería altamente. Y sospecho que también las propietarias de los cisnes. Ahora, en cuanto a los hombres... ¡hay algunos...!

Intermedio, 26 de marzo de 1957



EL DIABLILLO DE LAS MÁQUINAS

La perfección es, entre todos los defectos, ¡el peor! Parece un exabrupto, pero es así. ¿No han conocido ustedes nunca a una persona perfecta? Pues tienen suerte; yo sí he dado con ese ejemplar humano: el hombre que es buen mozo, valiente, moderado, sobrio, ilustrado, capaz de hacer dinero, ni generoso ni avaro, ni buen conversador ni desagradable, ni alto ni bajo, ni bueno ni malo. El término medio de la perfección: su esposa nunca tiene queja de él y, por lo tanto, ella nunca tiene la razón; igual cosa ocurre con sus hermanos, hijos, parientes, amigos y relacionados. Bueno, esto es exagerado: amigos no, porque un hombre perfecto no tiene amigos.

¿Por qué digo que tiene el peor de los defectos? Porque el ser humano para ser amable tiene que ser humano y esa condición no se forma solamente con cualidades. Por eso el hombre, de un modo instintivo, odió a la máquina cuando esta comenzó a ganar más prestigio del necesario: un instrumento que pensaba sin desgaste mental, trabajaba sin desgaste material, no cobraba horas extras, rendía una labor de diez titanes, y consumía menos en electricidad que cualquier hombre en su mazmorrita.

Pero tengo la impresión de que la máquina se cansó de ese curso de perfección y resolvió comportarse como cualquier

ser humano bien dotado, pero no tanto como para ser abominable.

Esto lo he sabido por los cajeros. Mi padre fue durante muchos años cajero de banco: a cada instante le faltaban once centavos o le sobraban ocho y esto era el desbarajuste. Recuerdo que una vez en el Banco Mercantil Americano todos los cajeros y contabilistas pasaron tres días y llegaron a sus casas agotados y agobiados porque faltaban dos centavos.

Yo, sabiamente aconsejaba:

—Pero, papá, ¿por qué no pusiste los dos centavos desde el principio?

—¡No! ¡Sí no se puede! Lo importante es que la caja cuadre, no son los dos centavos de más ni de menos.

Para mí aquello de que la caja «cuadrara» se me volvió el más difícil de los misterios. Pero vinieron las máquinas, que suman, restan, multiplican, dividen y, como es claro que una máquina no puede poner un nueve que parezca un dos, ni un siete que parezca un uno, no había peligro de error ni omisión.

Pero resulta que la caja «no cuadra»: van ya dos veces en que, teniendo que ir con un amigo cajero a una radioemisora para charlar y pasar el rato —ocupación útil, importante y sana si las hay—, el amigo cajero se arranca varias manotadas de pelo, desesperado, mientras dice:

—Pero espéreme un instante porque la caja no me cuadra.

Al fin, muy intrigada, pregunto:

—Pero ¿esa máquina no sabe sumar?

—Saber sabe, pero tengo aquí un error de dieciséis centavos.

—Bueno, no es mucho, si quiere yo los doy.

—¡No!, si lo importante —lo sé desde que era una niña—, ¡lo importante es que cuadre la caja! Si por lo menos fueran trescientos o cuatrocientos pesos.

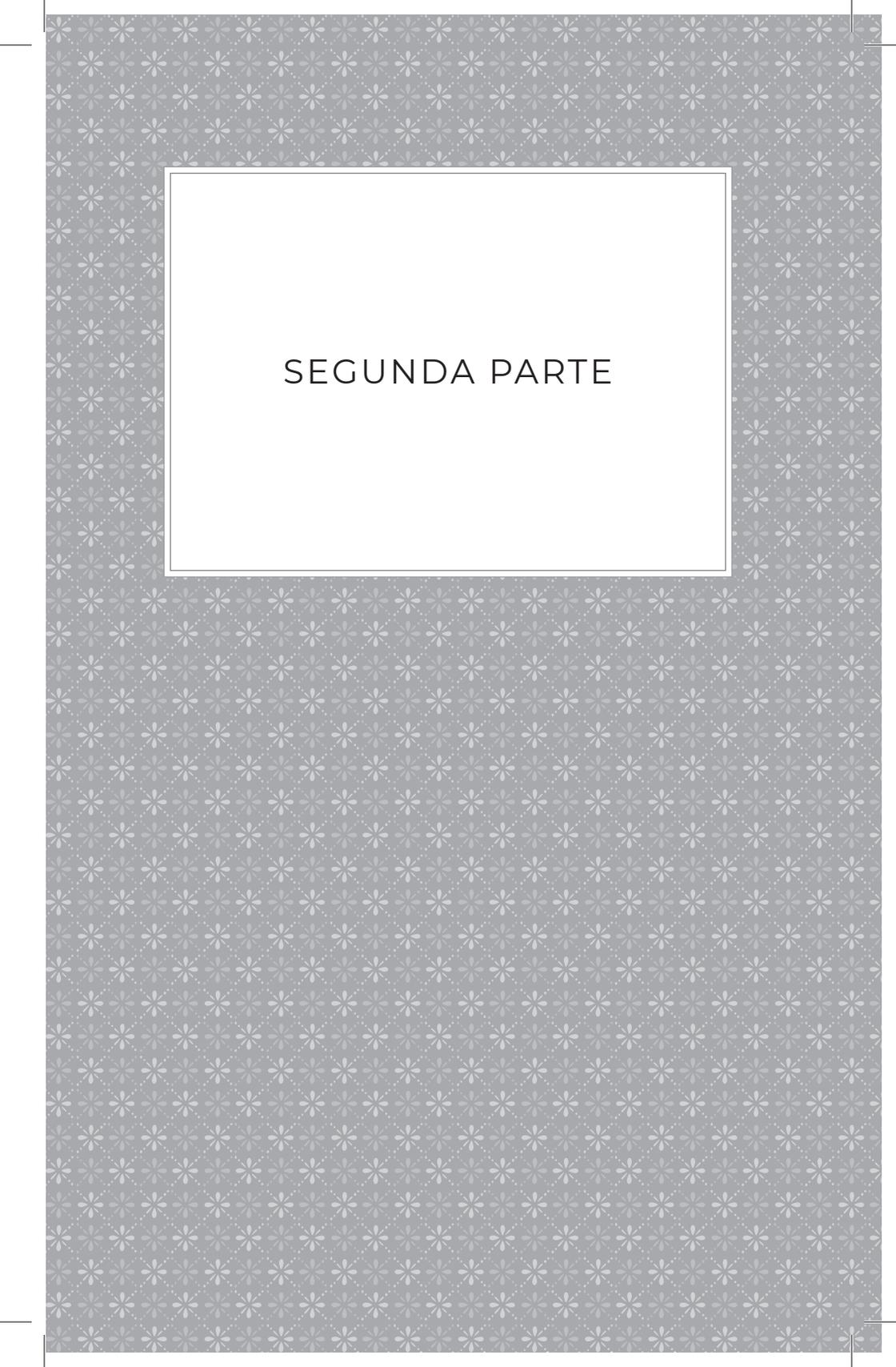
—¡Eh, ave María! ¡Peor, hombre!

—No lo crea, estas máquinas tienen un diablillo para enredarlo todo solamente en centavos.

Sí, el viejo diablillo, «el espíritu burlón que entre las frondas había», el mismo que todo lo tergiversa, confunde y enreda en el cerebro de los hombres que, sin poder salir del diablillo, inventaron las máquinas. Y, claro, les dejaron descendencia de locura, ¡afortunadamente, Señor!

El Tiempo, 2 de diciembre de 1950





SEGUNDA PARTE



MARÍA UMAÑA DE PARDO

Un reportaje a mamá. Conversamos como antaño, mientras cae la lluvia, de menudas cosas que ambas sabemos muy bien. Una gran pianista. El recuerdo de tiempos idos. «Yo soy una matrona...».

El señor director, sonriente:

—Oiga, muchachita, hágame un reportaje de una mujer que a usted le parezca muy interesante. Piense un poco, ¿no se le ocurre ninguna?

La cronista sonrío también —el gesto cordial se contagia siempre— y deja de preocuparse por algo que la distrae; cita de corrido el nombre de una docena de damas que son, por lo menos, muy interesantes.

El señor director rechaza, sonriendo siempre, aquella anqueta:

—No, no es eso, quisiera una persona que a usted personalmente le parezca interesante; no le otorgue nada al público. Haga como Juan Sebastián Bach con su música y tráigame un reportaje.

—No puedo, no es fácil. Hay el serio impedimento de consanguinidad, como dice la ley.

—¿Quién es?

—¡Mamá! Pariente bastante próxima y, como decía el Negro Moore, «por el lado de la madre, que es el más seguro».

El director ríe y dice el título, «María Umaña de Pardo», agregando muy tranquilo:

—Saltemos el impedimento con toda la calma del mundo.

—Pero recapacite, es persona peligrosa. Habría que tomárselo a traición porque es claro que no lo dará, y me temo que sin pensarlo dos veces recurra al efectivo Decreto número 3000 de esta era.

* * *

Llueve y hablamos, conversamos, mejor dicho. ¿Cuánto hace que no conversamos así, divagando un poco sobre asuntos que las dos sabemos bien? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde aquel, que yo recuerdo mejor que ella, en el que nos unía una sutil amistad suave y poderosa, amistad que a través de la gran mesa del comedor nos hacía sonreír la una a la otra de todo y de nada? Parecía que entre nosotras hubiera una alianza tácita y secreta más firme que todos los tratados. Recuerdo que después del almuerzo, extendida sobre el tapiz magnífico, boca abajo, apoyada en los codos y con los tobillos al aire yo leía atenta y seria. A veces, cansada, levantaba la vista del libro y escuchaba devotamente, como quien ora, la música de Chopin, de Beethoven, de Mozart, y miraba las manos de mamá. Ella en ocasiones me sonreía sin que sus manos, tan blancas y suaves, dejaran de correr sobre el teclado. Alguno de mis hermanos, entregados al mismo oficio silencioso de leer —el único que toleraba la mamá cuando tocaba piano—, decía alguna cosa. Y la mamá fingía

indignarse y decía: «¡Cállense! ¡Déjenme tocar; civilícense, por Dios!».

Supongo que gradualmente se unieron en nosotros la armonía perfecta de la música, la voz suave de la mamá que fingía indignarse y el encanto del libro. Lo comprendíamos todo y todo nos comprendía.

Pasaron los años, lentos, unas veces mejores y peores otras; se fue despertando en todos más o menos precisa, pero distinta, rebelde en unos, mansa en otros, prudente en los de más allá, una cosa que se llama «la personalidad». Alguno supo hacer dinero, otro se ocupó de historia. De todos modos, ¿cuándo y por qué se interrumpió aquel hilo sutil, lleno de derechos adquiridos por la gracia de Dios —mucho más que por todas las coronas de todos los reyes de la Tierra— que suavizaban la ternura? ¿Por qué ha pasado el tiempo sin que conversemos como antaño, como ahora, mientras cae la lluvia, de menudas cosas muy interesantes y que ambas sabemos bien?

La mamá sonríe como antes, con su buen aire de dulzura grata, y la cronista se olvida repentinamente del Decreto 3000. Esto es inexplicable en una periodista con cierta formación y cierto sentido de su oficio, pero la verdad es que no cree que ese asunto tenga la menor importancia.

Ahora el mundo es demasiado complejo, tenemos cosas que son nuestras, sabemos íntimos secretos propios que los demás ignoran y que, si los supieran, no los comprenderían. Tenemos una personalidad más o menos definida, pero nuestra, ruda, que se nos impone. Ya no extendemos la manita para coger la de la mamá a fin de cruzar una calle, y pensamos que habría sido suave todo —¡todo, hasta lo peor!— si todavía esa mano nos ayudara, como antaño, a cruzar la vida.

La Motosa Umaña o doña María, según la posición del que hable, se llama María Umaña Camacho. Es hija de don

Raimundo Umaña Santamaría y de doña Gregoria Camacho Carrizosa. Conservadora hasta el fondo del alma, le gusta mucho politiquear, aunque es preciso convenir que no sabe nada de política.

Si uno de sus hijos le insinúa que compre un sombrero distinto —pues hace años que los compra iguales— o que salga a caminar un poco, o que los domingos, cuando va al campo con su hija Cecilia y sus nietos, se baje del automóvil, o que deje por un momento la perra, bolsa de agua caliente —porque llega una visita muy chic—, que ella se pone contra el cuello alegando que tiene frío, la Motosa, que es muy rebelde, aunque lo niegue, no acepta ni la menor sugerencia. «Miren», dice enfática, «no se metan a ordenarme cosas porque yo soy más que una señora; yo soy una matrona».

—¿Ideas?

—¿Y si no lo fuera para cuándo lo dejaría? ¡Aprécienme! Las matronas son ahora en este tiempo muy escasas en Bogotá, y es por la manía de rejuvenecerse que han cogido las mujeres. Para mí nadie es muy chic, yo soy la chic. Llegar a matrona exige muchas capacidades, muchas virtudes, para que lo sepan, y muchos años.

Dada esta lección de modestia y humildad, la Motosa sonrío satisfecha y simpatiquísima. Curiosa hasta más no poder —lo niega también—, ve las obras de la capilla del Sagrario cuando nadie ha entrado, visita el Palacio Arzobispal antes de que haya llegado el arzobispo, y no lo encuentra «a la altura de las circunstancias», no cree que nadie esté muy enterado de nada a menos que esté de acuerdo con ella, y únicamente la opinión de Manuel la hace vacilar. Pero su hijo Manuel, en cuanto puede, se abstiene sabia y prudentemente de emitir opiniones.

Como la Motosa Umaña quiere parecer imparcial, y no lo es, ha arreglado un sistema *ad hoc*³, y muy cómodo, para no quedar nunca mal ante uno de los hijos; si, otro preferido, con esa ciega preferencia que tiene hacia algunos, se pone contra el hermano y si el hermano protesta luego ante la madre, no recuerda nada. Ella se acuerda siempre de lo que le conviene y nunca de lo que no le conviene. «¿Dijeron eso?», y se sorprenden mucho sus ojos verdes, «yo no oí, ¿o será que no me acuerdo? Sí, es que he perdido la memoria». Pero nunca se le olvida lo que no quiere olvidar.

Espera su santo y la Navidad con la impaciencia de un niño, se fija mucho en los regalos y luego dice, con una imperturbable serenidad, que ella ya no se interesa por nada, dizque está alejada de las vanidades del mundo. Pero advierte y entiende muchísimo de todo: «¡A mí no me manden mugre; gasten la plata bien gastada, es en interés de ustedes por que lo digo!».

La Motosa es un genio, un positivo genio: tiene un sentido de la armonía perfecto y una cultura asombrosa, sin haber leído más de tres libros en su vida. Es decir que nuestro medio, donde sin leer no podemos ni formarnos una idea de cultura ni de ilustración, ella lo ha rechazado; pero conoce todas las marcas de los grandes cristales y a ojo, desde muy lejos, los distingue; sabe de porcelanas, de antigüedades, de viejos lienzos maravillosos, de tapices, de brocados, de linos, de esculturas, de todo.

En su casa se tiene la impresión de que El Greco en persona le hubiera enseñado composición: ningún cuadro, ninguna obra de arte está fuera de lugar. Ha ido adquiriendo

.....
³ Adecuado o dispuesto especialmente para un fin.

poco a poco —y con esfuerzo en muchas épocas, es verdad—, los muebles que han de estar en cada sitio; las viejas lámparas de sacristía con leyendas latinas; las porcelanas de Sèvres, de Sajonia, de Copenhague, de Rosenthal; sabe lo que es un Ruskin y le encanta el pedernal inglés de Doulton, pero no acepta que Doulton produzca porcelanas. «En Inglaterra», dice, «no hay tierra de porcelana», y es verdad, pero solo ella lo sabe. Los ingleses también lo saben, pero lo ocultan sabiamente.

¿Cómo? Eso nadie lo podría averiguar. Su ortografía es perfecta, su letra magnífica, porque ella dice que la ortografía no puede enseñarse: «Se ve». Si uno de sus hijos —la cronista generalmente— le reclama algo suyo, un Gallé o una placa en cobre antiguo, ingenua y preciosa protesta:

—Vea, mijita, aquí está mejor eso. Yo por lo menos se lo cuido.

Y se queda con lo que quiere.

Su juicio sobre la música es el de un crítico consumado, y hasta el año santo nunca fue a Europa, pero nada la sorprendió, ni Europa tiene nada nuevo que enseñarle. Es una espléndida pianista e interpreta a Chopin, por ejemplo, como Brailowsky; no hay la más mínima exageración. Sabe muchísimo de negocios, mucho antes de que quebrara hace años el Banco López, su hermano don Manuel Umaña Camacho estaba en Europa y ella le escribió: «Manuel: retira lo que tienes en el Banco López; ese banco va a quebrar». Nadie, ni papá que fue banquero, ni don Julio Caro, se pudo explicar en qué había basado esa advertencia profética.

Dicen algunos de sus hijos que la Motosa Umaña es muy rica. Ella lo niega y se indigna, pero nunca ha hecho un negocio malo. Tiene siempre muy buen servicio, y una criada vieja que ha estado en la casa entre quince y cincuenta años.

Se le pregunta: «¿Cómo haces tú para que las criadas te duren tanto?».

—No —contesta—, ellas no me duran, soy yo la que les duro a ellas.

Defiende, y ha defendido siempre, su simpatía, su buen humor, su cordialidad, buscando el lado bueno de las cosas y hallándolo, porque su parcialidad, que es absoluta, le hace ver como mejor lo que es mejor únicamente desde su punto de vista. Cuando la división conservadora, en tiempo de Abadía, llevó a los liberales a la presidencia, discutía con mi tío Guillermo Camacho Carrizosa y él dijo: «No pasará nada, María. El poder es para poder, ¡entérate!». Y la señora mamá, desdeñando al político muy hábil que tenía en frente, le contestó:

—Mire, tío, ¡lo que es esta vez el poder no va a poder!

Si esta mujer no es un genio, algo raro pasa bajo el sol.

* * *

—¿Cuál fue el día más feliz de tu vida? Tu decías siempre que el de la primera comunión, pero ¿fue ese para ti? ¿O el de tu primer concierto? ¿O el de tu matrimonio?

—No, eso sí me da mucha pena, pero fue el de mi primer concierto. Porque me hicieron una ovación que usted no se imagina. Y toda la prensa se ocupó de mí. El mejor elogio lo hizo Ricardito Hinestrosa Daza, por ahí yo tenía los recortes que quién sabe qué los haría Camilo.

—No les hizo nada, los tengo yo.

—¿De veras? ¿Cuándo me los presta, que tengo ganas de leerlos? Decían unas cosas muy elogiosas y verídicas.

—No, no te los prestaré. En primer lugar, tú nunca devuelves nada, y, después, te la pasas diciendo que la prensa

no dice sino mentiras. ¿Para qué vas a leer mentiras? Eso a tu edad no está bien.

—Pues no me siento tan vieja, no se lo imagine. Y, además, antes de que ustedes se hubieran puesto a escribir tantas cosas como dicen, la prensa era muy verídica.

—¿Qué edad y qué vestido tenías cuando ese primer concierto?

—Tenía dieciocho años, ¡figúrese! Yo había estudiado con Alarcón y tocamos entre los tres el segundo concierto de Saint-Saëns. En el Teatro Colón no cabía un alma, estaba todo el mundo. El primer movimiento lo tocó misiá Teresa Tanco, que había estudiado ese concierto en París con el mejor de los pianistas; el segundo, Alarcón, y el tercero, yo; y fíjese, para que lo vea, si es que ustedes no me aprecian...

—No empieces a quejarte, sigue.

—Pues me aplaudieron como a nadie. Uno de mis admiradores...

—Pero ¿tenías admiradores a esa edad?

—Yo sí tenía muchos admiradores, claro, era lo natural. Pues uno me dijo, pero un hombre serio, «Maruja, usted le tumbó el moño a Teresa Tanco». Nunca vaya a contar eso, mijita. Y el vestido era lindo, claro, en ese tiempo... porque habría sido horroroso, la falda plegada y la blusa de lentejuelas doradas, que me lo pidió papá al Bon Marché, que entonces era algo elegantísimo.

—¿Estabas descotada?

—¡No! Nadie se descotaba. El descote era de esos que llaman «de bandeja» y con manguita hasta el codo porque papá, al hacer los pedidos, ponía al pie de la carta una nota en que decía: «¡Estos vestidos son para gente decente!». Pues verá, mi tío Carlos Umaña me regaló una alcancía de esas de banco con cuarenta libritas de oro; me quería mucho, y me

sacó la alcancía al escenario don Ángel María Quijano, el padre de Pedrito Quijano. Mi tío José Camacho Carrizosa me regaló un alfiler de gancho de oro, y lo demás eran flores. Cantó esa noche María Pardo, que era la mejor soprano que había, y Amalia Reyes, que era la mejor contralto; un concierto muy bueno.

—Y muy variado por lo que veo. ¿Y qué hiciste con las cuarenta libras?

—Mire, me las debía almorzar porque no me acuerdo. Papá no fue al concierto.

—Hombre, ¡qué frescura! ¿Por qué?

—¡Pero no se exprese así, ¿no ve que es mi papá?! ¡Ay, a su merced cómo la han dañado los liberales! Pues no fue porque se enfermó Isabel Lara, su tercera mujer, pero esperó levantado. A mí me llevaron al teatro mi tío Enrique y mi tío Eugenio. Cuando regresamos le dijeron: «Raimundo, ¡no te imaginas qué pianista es María y cómo la aplaudieron!». ¡Pobre papá, se murió sin haberme oído nunca tocar en público!

—¿Iban jóvenes admiradores tuyos a tu casa?

—¡No, hija! ¡Figúrese que no se usaba! Luis entró porque papá era muy amigo de don Luis Pardo y de don Juan Antonio, y le gustaba a mi papá.

—¿Y cómo te cortejaba antes?

—Era de lo más «jarto» en esa época. Pasaba por la calle y volvía a pasar, miraba al balcón y se paraba en la esquina. En esa época todos los novios eran «de pasar». Cuando Luis pidió la entrada a la casa, papá aceptó y dijo que podía ir los domingos de ocho a diez de la noche, y a las diez en punto papá se paraba, le daba cuerda al reloj y todos salían despedidos.

—¿Cuál es el hombre más importante que has conocido?

—Tío Carlos Umaña, eso sí. Es que su merced no es que yo no haya conocido presidentes casi, como Mercedes Sierra, y don Jorge Holguín, tan galante y simpático, ¿no?, y arzobispos y santos, como el padre Almanza, y de todo, no crea, Alfonso López que a mí no me parece tan importante como a su merced, y Eduardo Santos y Laureano...

—Ese te parece importantísimo...

—No, los políticos no son importantes ¿qué le parece? Claro que tal vez yo no sea muy imparcial porque yo quería mucho a mi tío Carlos, pero eso sí era un hombre muy importante, un verdadero artista, no solo como músico, que era magnífico, sino de un gusto extraordinario, y con plata, claro, hijo de mi papá Manuel, que era dueño de todas las haciendas de la sabana. Porque mire, hija, yo tengo, ahí, una que otra cosita bonita. —Miro en torno a ese museo antiguo en el que vive la mamá y en el que todo es lindísimo—. Y Carlitos, mi hermano, también dejó cosas bonitas, y Guillermo Kopp también tiene cosas, pero mire, hija, aquí todo el mundo tiene mugre y casi siempre hasta eso, todo mezclado, no saben depurar. ¡Junto a mi tío Carlos!... Sí, la casa de tío Carlos era una belleza, pues toda la colección Umaña que está en el seminario y que eso sí es algo que vale, ¡que vale de verdad! Y él, un hombre que sabía de todo, tan inteligente, sin que echara discursos, porque los que echan discursos son entrenados, no inteligentes, no crea. Y, fíjese, aquí ser político, y discursar y echar decretos y no tapar los huecos de las calles, lo hace cualquiera, es que el país se presta para esas cosas y la gente cree que ser superior es que aplaudan y griten «vivas». Así es la gente bruta, cuando «vivas» le gritan a los muertos, ya ve cómo vivaban a Olaya Herrera cuando metieron su cadáver. No, lo importante no es eso, ni firmar tratados, sino distinguirse

entre los que son distintos y no están cada día por el sol que más alumbra. Y tío Carlos era un artista, y ser aquí artista completo no es nada fácil. Aquí la gente no entiende de arte, ni eso le llamaba la atención, y una persona importante es la que no se deja engatusar ni por la gente que adula ni por los negocios; una persona como tío Carlos, ¡eso sí es de mérito!

—Te quería mucho, ¿no?

—Ah, eso sí. Cuando su merced estaba recién nacida y que no sabía qué hacer para alimentarlos, se me vino la idea de poner una tienda de grano, que es buen negocio. Pero tío Carlos me dijo: «No, Maruja, ¡qué ocurrencias! Sí tú tienes un capital en las manos». Y habló con el señor Alarcón, que había sido mi profesor y me dio la clase del Conservatorio. Y como tenía además muchas discípulas, claro, me salió muy bien. Me iba por la mañana, hacía una clase, cogía mis dos pesos, volvía y daba para la plaza y luego daba otras clases. Además, vendía leche, ¿se acuerda, su merced?

—¿Cuánto ganabas vendiendo leche?

—Pues ahora verá. Nos daban una cantina de leche gratis en la semana; parece nada, ¿no?, pero mal pagado no debía ser porque eso ganaban todas las lecheras.

—¿Qué se hizo la música de mi tío Carlos?

—No sé, era muy buena, pero de verdad, porque era un magnífico compositor; yo tuve un tiempo *El cuento árabe* y un preludio lindísimo, pero cuando se murió mi tío Carlos, Manuel, mi hermano, que era uno de los albaceas con Acevedo Bernal y otros, sí me dijo: «¡Maruja, quédate con la música de tío Carlos!». No le hice caso, porque a mí me chocó mucho que no me la hubiera dejado; era la única persona a la que debía habérsela dejado. Luego me ha pesado... y se perdió, ya ve quién sabe en qué manos cayó, que ni la apreciaron. Y él me admiraba. Una vez que toqué en casa de tío

Enrique dijo emocionado: «Cómo habría gozado papá si te hubiera oído». Dijo eso, pero no me dejó la música. ¡Caramba con tío Carlos!

* * *

—¿Cuál es el santo de tu devoción?

—Pues le contaré. En mi tiempo el que se usaba era san Expedito...

—Hombre, ¡gran santo! Me suena el nombre y en esos tiempos como útil para sacarlo a uno de vainas.

—Se usaba mucho, todavía está en San Diego, dizque hacía unos milagros que eran cosa del otro mundo...

—Como todos los milagros...

—Pero a mí me gustaba era san Antonio; le rezaba mucho. Ahora lo he cambiado porque figúrese que le cogí devoción a la Virgen de Fátima, y lo cambié.

—¡Mamá, por Dios! ¡Hay incompatibilidad! El uno es un santo, la otra es la Virgen; no puedes haber hecho ese cambio. De santo a santo...

—Pues también yo en eso me parezco ahora a su merced, como el que más me gusta es san Francisco de Asís, por supuesto, qué le digo, aquí devoción como la que ha habido por la Virgen del Carmen eso no se ha visto. A mí ahora me gusta más la de Fátima. Pero la Virgen del Carmen ha sido, es decir, una cosa increíble...

—¿Y de las advocaciones de Cristo?

—¡No, hija, no sé por qué se sacaría su merced todos los premios en el colegio! ¡Las monjas nunca han entendido nada de nada! ¡Si es que Nuestro Señor es Nuestro Señor! Él es aparte, no es para nombrar el mismo día. Nuestro Señor es Él y no me comente nada porque eso es así.

—¡Claro! Mamá, ¿te has fijado que los Umaña cuando van siendo viejos se vuelven beatos?

—Qué le parece que yo siempre los he conocido beatos; ¿será que siempre los conocí viejos...?

* * *

A la mamá hace poco le practicaron una grave intervención quirúrgica. La cronista pregunta:

—¿No te dio miedo?

—Muchísimo, figúrese que en esos días estaba malísimo el papa, muriéndose. Todos los días lo decían los periódicos.

—¿Qué tiene que ver eso?

—¡Ah, no, nada, peor! Yo les dije a los médicos: «¡Bueno, opérenme, pero no me vayan a matar la misma semana en que se muera el papa porque ustedes comprenderán que si llego al mismo tiempo al cielo cómo sería eso! Ni me dejarían arrimar». En semejante recepción uno se queda por puertas. Yo estaba aterrada, tras de que ya en la catedral de San Pedro, en Roma, cuando el año santo, era tal la chichonera, que se me paró un tipo sobre un pie y todavía tengo el dedo malo.

—Por ponerte a ganar cuatro jubileos, no teniendo sino un alma, no me explico eso de coger a ganar jubileos sin parar.

—No crea, es que su merced no es previsiva. Uno no sabe y siempre es bueno tener algo de reserva. Ya ve que su merced se subió de rodillas la *scala Santa* en mi nombre; después yo fui y también me la subí en mi nombre. Total, que ya la he subido dos veces y su merced ninguna.

* * *

La cronista recuerda su infancia en una gran casa de Santa Bárbara que era del abuelo, quien se la había dado a la mamá, que en esa época pasaba muy mala situación. Había una vieja sirvienta, Lola, que todo lo dirigía y que sirvió a la familia Umaña durante noventa y cuatro años. Solamente en casa de la mamá, en la que murió, estuvo durante cuarenta y cinco. Y había una cocinera, Fidela, que solamente en casa de la mamá sirvió más de veinte años. Pregunta la cronista:

—¿Quién mandaba más en tu casa, Lola o tú?

—¡No! ¡Lola! ¿Yo? Ella hacía lo que quería y nunca quiso ni prestarme las llaves de la despensa. A ustedes sí los quería mucho, sobre todo, a los peores, a Camilo y a su merced. Dormía en el cuarto de la claraboya y ustedes me contaban que, de noche, con una vela, se buscaba las pulgas debajo de la camisa. A mí me parecía un escándalo, pero nunca me atreví a decir nada. Habría dicho que eran cosas mías porque como, según ella, ustedes eran unos angelitos.

* * *

—¿Cuál fue el peor disgusto con papá?

—Pues, el peor fue de él. Resultó que me había regalado unas estatuicas de marmolina y yo creí que eran de mármol...

—Pero a una persona tan conocedora como tú, ¿cómo le pudo pasar eso?

—Porque eso pasa. Cuando las cosas empiezan a llegar, uno todavía no las conoce. Lo mismo ocurrió cuando compré el primer tapete persa, ¡qué iba a ser persa! Pero no habían llegado todavía... pues me puse a limpiar las monitas de marmolina con el cepillo de dientes de Luis. Cuando vi que empezaban como a deshacerse, las sequé y supe que no eran

de mármol. Y al día siguiente Luis estaba furioso gritando: «¿Quién fue el puerco que cogió mi cepillo de dientes para limpiar *el* mugre? ¡Eso sabe a diablos!» Yo me hice la disimulada, naturalmente, pero él nunca dejó de pensar que había sido yo. Los maridos son así, mija. También es que Luis me echaba a mí la culpa de todo.

* * *

La mamá es una gran negociante, ella lo niega, pero lo cierto es que no se le pasa un impuesto sin decir improperios.

—Te gustan mucho los negocios y te salen bien, ¿no, mamá?

—No. Cuando se murió mi papá me adjudicaron unas cosas. La casa de San Victorino me la adjudicaron en catorce mil pesos.

—¡Tirada!

—No crea, ¡carísima! ¡Sí eso en ese tiempo era, como quien dice, a la salida de Fontibón, pero más allá de Facativá! ¡Fue que se me valorizó! Y la casita que después vendí junto a la Gran Vía me la pusieron en nueve mil pesos y era chiquitica.

—Pero el mejor sitio de Bogotá.

—Eso fue después. Si se lo hubieran imaginado, ¿cree que me la adjudican? Es que yo he podido conservar algo, no crea que por habilidad, ni porque a Luis no se le ocurrieran negocios, pero yo siempre me acordaba de mi papá, que decía: «¡Antes de firmar, córtense la mano!» Y yo por no cortar-me la mano... En San Victorino, don Gabriel Ángel pagaba por un local diez pesos y después le subí a quince. Misiá Melania Acosta, viuda de don Domiteo Vargas, que está en las *Reminiscencias* de Cordovez Moure...

—¿Por qué?

—Eso sí no sé de qué está, pero está, pues misía Melania pagaba por la casa cincuenta pesos. Se la pedí y me pasé allá a vivir, y a don Gabriel Ángel acabé, como al año, por pedirle el local para ensayar, antes de pedir el otro. Puse un letrero que decía: «Se arrienda», y cuando vino un señor muy amable le dije que valía treinta pesos, es decir, el doble. Me pagó un mes anticipado y me dijo que al otro día vendría. Pero no se acababa de ir, cuando llegó otro y me dijo: «Mi señora María», porque en esos tiempos no era como ahora, que salen unos don nadie a preguntar cosas, y en qué tonito..., pues me dijo: «Mi señora María, ¿que arrienda el local de la izquierda?». «Sí», le dije, «pero vale cuarenta pesos y tiene que darme un mes anticipado», y me pagó. Le di las llaves y todo. Sí, al otro día vino el primero a pedirme la llave y le dije: «¡No, conque ya alquilé el local!». «Sí, mi señora», me dijo, «me lo alquiló a mí». «No, qué le parece, después de usted vino otro y ya le di las llaves y se quedó con él». Se puso furioso y empezó a decir que eso no se hacía, y es que ya tenía ahí en la puerta dos carros con alambre y cosas para meter en el local, pero yo lo calmé.

—¿Cómo?

—Pues le dije: «¿Usted no ha oído decir a los hombres que las mujeres no tienen palabra? Sírvale esto de experiencia para que vea que, de veras, las mujeres no tienen palabra».

—¡Pero mamá eso no se hace!

—Es que su merced es rara y, además, es de otra época. Ahora como que son los hombres los que no tienen palabra, ¿no? Pues le contaré que también me adjudicaron la casa de Santa Bárbara, pero eso sí fue un robo, me la adjudicaron en cinco mil pesos y, mucho después, cuando no pude sacar a un sastre que, dizque, era masón, pero lo malo era que no pagaba

el arriendo, se la vendí por seis mil a don José Joaquín Casas, que era un hombre honorabilísimo.

—¿Con el sastré?

—Naturalmente, y don José Joaquín acabó por venderla, desesperado, otra vez en cinco mil pesos. Téngalo en cuenta su merced, para que no vaya a tener nunca una finca mal situada, porque los inquilinos son peores que la finca, y los impuestos, alcantarillados y andenes, idénticos.

—¿Para qué tengo en cuenta eso si yo no tengo un maíz que asar?

—Por eso me gusta Alfonso López, que, eso sí, tiene sus buenos apuntes; espérese a que yo me muera y tenga patrimonio y ya verá lo que es eso... Su merced como no tiene un real... ¡no es voto!

* * *

—¿Cuál es el hijo que prefieres?

—¿Yo? Ninguno. Eso sí lo prometo, ninguno.

—¡No digas mentiras, mamá!

—Me lo imaginé que no me lo iba a creer, pues yo a todos los quiero igualito.

—¡Pero, mamá, no digas mentiras!

—Lo que pasa es que hay hijos que me prefieren a mí y yo se lo agradezco. El que más es Manuel, nunca me ha dado un disgusto, nunca me hizo decir: «¡Caray con este chivato!», siempre me ha servido cuando era chiquito.

—Cuando era chiquito chillaba de tal modo que mi abuelo, según entiendo, tuvo que hacerte a ti, para que durmieras con ese niño, una casita detrás de la casa grande de El Charquito.

—Eso era porque despertaba a los padres, a monseñor Carrasquilla y a todo el mundo, pues, con ser la casa tan inmensa, chillaba, que se oía hasta en la carretera. Pero y ustedes, ¿qué me dicen? Calladitos, pero se iban cuando llegaba monseñor Carrasquilla y se comían, sin dejar ni las hojas, las ciruelas, los duraznos, las frutas cristalizadas que Isabel Lara le ponía en el cuarto, porque lo reverenciaba. Después le decía: «Monseñor, por ahí le dejé unas fruticas de la huerta», bandejas enteras, no crea, «y unas fruticas cristalizadas, y galletas inglesas...», y él que no había podido probar nada.

—¿Qué decía?

—Nada, ¿qué podía decir? Si esas cosas no se pueden decir; que todo estaba magnífico. Isabel Lara debía asombrarse de la gula de monseñor Carrasquilla, y eran ustedes...

—Y, después de Manuel, ¿cuál es «el hijo que te prefiere»?

—No me diga las cosas con tono irónico. Pues Chepito —conocido en la ciudad bajo el apodo de Pepón, y que se llama José Luis—, porque es inteligentísimo, y tan bueno y juicioso.

—¿Y después?

La señora mamá medita y, tras mucho pensar, como quien otorga difícilmente un accésit, dice:

—Pues Cecilita —casada con Alfonso del Castillo y madre de María Teresa, la nieta preferida de la mamá—, tal vez Cecilita tampoco me ha dado disgustos.

—¿Y después?

—¿Después? ¡Que entre el diablo y escoja!

* * *

—Mamá, ¿eres partidaria del voto femenino?

—Yo sí, naturalmente.

La cronista, *interloqué*⁴, vacila.

—No, mamá, si yo no soy partidaria, no puedes serlo tú, ¿de dónde sacas esas ideas?

—Es que su merced, mijita, es de lo más anticuada.

—¡Caray! ¿Y para qué quieres el voto?

—Para votar por Manuel para arzobispo de Bogotá.

Tono de perfecta convicción. Manuel, «el hijo que prefere a la mamá», según la jesuítica frase de ella, es ingeniero de la casa Pardo Restrepo —Andrés, que es conservador— y Santamaría —Jorge, que es liberal—. Manuel es casado con doña María Teresa Pardo y tiene tres hijos: María Cristina, Juan Manuel y Beatriz.

—Pero ¿cómo se le puede ocurrir? Manuel es casado, tiene tres hijos...

—Sí, pero es sumamente recto y muy inteligente. Es recto en todo lo que piensa, en todo lo que hace, en todo lo que dice. Por supuesto, que Andrés Restrepo también; Jorgito Santamaría sí no servirá para arzobispo.

—¿No es recto?

—¡Ah, eso sí! ¡Todos los Santamaría! Sí esa gente es a la antigua, no como esta que hay ahora y que lo cree a uno como bajado de junto al tiple. Los Santamaría son, eso sí, gente de primera, y Jorgito y Nicolás a mí me encantan, pero no votaría por ellos.

—Bueno, menos mal que el arzobispo no depende de los votos de las señoras. Dime, ¿tus hijos te dan la razón siempre?

—Eso sí nunca, ¡ninguno! Ni siquiera Manuel, él dice muy cariñoso: «Se hará lo que tú digas, mamá», «si te parece así,

.....
⁴ Desconcertada.

está bien», pero ¿decirme «¡tienes razón!»?, eso no se le ha oído nunca a ninguno de mis hijos.

—¿Y a veces tienes razón?

—¿Cómo que a veces? Yo tengo razón siempre, eso sí, le diré como decía monseñor Herrera Restrepo: «¡Categoricamente!».

* * *

—¿Cuáles han sido los peores hijos?

—Pues su merced, mijita, no ha sido cosa de mucho mérito, cierto que escribe en los periódicos, pero en los liberales. ¡También es que no hay conservadores! Yo me leo la prensa liberal por eso, aunque de todos modos me la leería a ver esos disparates que escriben ustedes. Y, además, nunca se le olvida nada, que es un defecto, mijita; es rencorosa hasta con sus amigos. Nunca cree una cosa que le cuentan de ellos, aunque sea verdad, pero de pronto es como si los viera por dentro y deja de apreciarlos del todo. Me hace impresión. Y es furiosa, peor todavía cuando se hace la tranquila.

—¿Yo soy la peor?

—¡No! No, ¡no! El peor ha sido Camilo, eso sí desde que nació. ¡Camilo ha sido inaguantable! ¡Con decirle que ahora es cuando es mejor! El día de la primera comunión, antes de comulgar, se comió los botones de rosa, por poco no puede comulgar, y como la hizo en el colegio Ricaurte, cuando lo dirigía el padre Luisito Gómez, al llegar la hora de desayunar se escapó del colegio, peleó en la calle, botó la cinta de la primera comunión, que era linda, y llegó desalado a ver los regalos sin la menor devoción. ¡Era un horror! Cuando entró al colegio, cada dos días llamaban los jesuitas a poner quejas de Camilo Pardo. ¿Cree que Luis iba? Me decía: «Andá, María, a

ver qué otra pendejada te cuentan». Y, viera, lo tenían de lector en el comedor dizque porque leía muy bien. Un día se rio al leer el milagro de la mula de Balaam y, cuando lo regañé delante del rector, contestó: «Es que son mentiras mamá, las mulas no hablan». Y vuelven, también es que con los jesuitas es imposible, vuelven a ponerlo de lector y, a poquito, que se había vuelto a reír. Le dije delante de los maestros que de qué se había reído, y dijo que estaba leyendo un milagro de don Bosco y que, al acometerlo unos perros rabiosos, le había bastado levantar el paraguas para que huyeran. «¿Y de qué se rio?». «Mamá, es que cualquier perro, si lo cogen a paraguazos, sale corriendo», contestó muy tranquilo. ¡La primera vez que se «alzó» en vez de irse para la casa se fue a otra casa de la familia y se acostó en la cama del virrey Solís, que allá le tenían y cómo la apreciaban! ¿Habrase visto? ¡Era imposible! Y sí sabe de abuelos y de historias, pero cómo contradice. Por supuesto que su merced también...

—Antes no me decías eso. Es que a ti no te gustan los liberales.

—¡Cómo que no! ¡Me encantan! No faltaba más, sino vivir uno como las monjas en los conventos, con la obligación de pensar todas lo mismo, por amor de Dios. No, mijita, eso es aburridísimo, no quiero ni pensarlo. A mí me gustan los liberales. Si están de acuerdo conmigo, yo feliz y contenta.

—Pero ¿cómo van a estar de acuerdo contigo si piensan de otro modo?

—¿Ve? Eso es lo que a mí no me gusta de los liberales, ¡la *contradecidera*!

* * *

A la mamá le han hecho algunos robos, entre ellos el de sus joyas, magníficas y lindísimas —creo que entonces debió ser cuando dejó de rezarle a san Antonio—, y le pregunto:

—¿Cuál es el robo que más te ha disgustado?

—El del pasillo. Figúrese que compusimos con el Forrito (Roberto) Posada un pasillo magnífico, de la altura de *Margaritas*, de Emilio Murillo, y un día lo oigo tocar por radio, y lo pasaban como cosa de ellos... ¡Semejantes zoquetes!... Yo llamé al Forro y le dije: «¡No, Forrito, es el colmo, se han robado nuestro pasillo!». No volvimos a componer nada. ¿Y qué le parecen esos sinvergüenzas? Es de lo mejor que tocan por radio.

—¿Por qué no pusiste el denuncia?

—¿Para qué? Cuando se robaron dos costales enteros de ropa blanca fui y lo puse. Venía un policía y preguntaba, por ejemplo: «¿En cuánto aprecia la señora las sábanas?». Figúrese, sábanas de puro lino, de cama doble, bordadas en Suiza a mano, yo decía, y era lo menos: «¡Cada juego doscientos pesos!». Entonces se volvía y le preguntaba a la sirvienta, quien calculaba que tal vez ocho pesos, y el policía, que debía ser de sábana de a cuatro, decía: «¡La señora se contradice con la señorita!». ¡Qué iba a saber de lino esa pobre mujer, mijal! Tuve que ir donde don Jorge Holguín, que era el presidente, para que dejaran de ir a *bobiar*. Le dije: «Mire, don Jorge, la policía no va sino a asustarme a las criadas». Don Jorge dio orden de que no volvieran.

* * *

—¿Cuál de tus hijos era el más bonito?

—No me lo creerá, porque es increíble, pero su merced era linda, ¡figúrese! Y Chepito y los mellizos —Juan María, muerto a los dieciséis años, y Santiago—, los demás no.

—¿Cuál es tu mayor cualidad?

—Tampoco me lo va a creer —y sonríe cuidadosa, espian-do el gesto—, el desprendimiento. A mí nada me llama la atención, nada me arraiga.

—¡Pero, mamá, no digas tales mentiras!

—De veras, mire, de estas antigüedades, todas las he comprado baratas de ocasión, no me dejo llevar por capri-chos. Caro no he comprado sino ese Vais que lo compró su merced, y que es lindo, pero, como no le salía con sus mue-bles y se le veía mal, yo se lo cambié, porque se le veía me-jor el cuarto sin ese mueble. Su merced se puso furiosa, no sé por qué, porque no le salía con sus muebles.

—Ya noto... ya...

—Y la vitrina —una preciosa vitrina francesa— se la cambié a una sombrerera por una que yo tenía, horrible; le di encima, eso sí, pero poquito... Ella me dijo: «No, mi seño-ra, no puedo venderle la vitrina porque la necesito para po-ner los sombreros», le dije: «No, hija, yo soy muy justa, yo le mando otra para que ponga los sombreros». Lo demás lo he comprado con alas de cucaracha.

—¡Ya... Ya...!

—El piano sí me costó, pero es un Pleyel magnífico.

—¿Por qué dejaste de tocar piano?

—Vea lo raro, que cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán, no sé qué me pasó, pero se me quitaron las ganas de tocar piano. No era que me pareciera excepcional ni nada, pero, eso sí, esté donde esté, eso me lo tiene que agradecer Jorge Eliécer.

—¿Por qué no vuelves a tocar?

—Sí, voy a hacerlo. No creo que a Jorge Eliécer le impor-te nada mi piano a estas alturas, ¿no?

—¿Y cuál es tu peor defecto?

—¿Tengo que tener, no? Todo el mundo tiene, pero no lo he descubierto porque, mire, no soy vanidosa; no soy envidiosa; no aspiro a más de lo que tengo, no soy elegante, porque no lo soy; cuando fui muy pobre trabajé, no soy perezosa; no soy golosa; soy generosa; muy ordenada, de mi casa...

—¿Es cierto que se quiere más a los nietos que a los hijos?

—Esas son mentiras de la gente, a la que le encanta mentir. Uno quiere más a sus hijos porque son de uno. La ventaja de los nietos es que los puede uno maleducar: si comen con la mano, que coman; si se indigestan, que se indigesten; si rompen las cosas de las mamás, a mí ninguno me coge nada, que las rompan; si destrompan un par de zapatos por semana, que los destrompen. Y no son como los hijos que desconfían tanto de uno. Como uno no los regaña...

—Pero nosotros no desconfiamos de ti.

—¡Ah! Cuando llovía torrencialmente, ¿sabe lo que hacían? Se iban al solar de atrás y abrían huecos en la tapia para que el agua que inundaba la casa de los Obregón inundara la mía. Llegaban como unos cerotes, que no se les veían ni las cejas, a destapar el patio. Y si les decía que se les podía caer la tapia encima, o les podía dar pulmonía, o cundirse de sabañones, me miraban como diciendo «eso son mentiras». En El Charquito se pasaban el río Bogotá para pescar cangrejos, y por donde había remolinos. Su merced se iba a la energía eléctrica a pasearse entre las cuerdas de alta tensión, para mostrar lo chiquita que era. Santiago Samper me llamaba espantado, pero ustedes no me creían. «¡Que se van a ahogar, chivatos, que se van a electrocutar, no sean animales!». Me miraban lo mismo, y como no se ahogaban...

—Pero ¿no teníamos ninguna cualidad?

—Sí, leían los cuentos de Pombo, no como los de ahora, que leen esos cuadernos que dicen que, dizque, son malos. Había que lavarlos con ropa y todo, ¡cómo llegarían! Se metían debajo del tren. Camilo les ponía banderillas a las criadas, toreaban las vacas, comían chigüas...

—¿Y tú no nos cuidabas?

—¿Cómo cuida uno a una partida de diablos que se suben a un árbol en un segundo? Y, además, yo tocaba piano con mi tío Carlos. A ustedes tenía que cuidarlos Úrsula, pero como la encerraban en la despensa de dulce... y papá jugaba con ustedes y todo le parecía bien. Hasta les regalaba una libra de oro que nunca me la dieron. No cuente nada de lo que le he dicho.

—A propósito, ¿he sido una hija obediente?

—Ni por casualidad, ni por distracción, y no he visto persona más distraída. Basta con mandarle algo para que haga todo lo contrario. Siempre ha desobedecido como por instinto. Eso le gustaba a Luis y a mi papá.

—Bueno, que no se te olvide ese detalle, mamá. Soy muy desobediente.

Lecturas Dominicales, de *El Tiempo*, 19 de diciembre de 1954



UN DESTINO ALGO CONFUSO

Dediqué el primero de octubre a buscar entre mis papeles íntimos el horóscopo que un hombre solemne, sabio, viejo y árabe me hizo en París. Conste que fue en París y en tiempos pasados. El tal horóscopo está dividido en tres partes y todavía a estas alturas de la vida me parece que no es muy claro, aunque me aseguraron que nunca erraba. Pero ¿quién no se equivoca? Temo que el sabio mago se haya salido con frecuencia de cauce. Dice así:

«**Primera parte, carácter:** abundante vitalidad. Idealista con tendencia hacia lo romántico e imaginativo (lo que en buen romance quiere decir “boba”). Alma noble y generosa (sí, eso sí, hasta he prestado plata, pero no pienso reincidir). Disposición alegre y optimista (cierto, cuando no estoy furiosa). Espíritu religioso o filosófico (pues claro, o el uno o el otro...). Gusta de lo bello (como todo el mundo). Franca, cándida y confiada (y, por serlo, me he pasado la vida metida en líos que no esperaba, y lo de franca me cae hoy de lo más mal, y muchos amigos creen que nací para que me regañaran). Actividad física y mental. Inclínación por los viajes y deportes (detesto, he detestado y detestaré todos los deportes). Aspiraciones elevadas (¡carambitas!, si estuviera en París me iría a preguntarle qué entiende por eso). Carácter festivo hasta entrada ya en años (¿parezco festiva o soy festiva?, este

mago es muy impreciso). Maneras suaves (me vio una sola vez y no hablé. Él también es cándido e inocentón). Gusta de adornarse, vestirse bien, etcétera (se salió del tiesto). Pasiones ardientes dominadas (¡nada de dominadas! Me “voltié”, me pasé al Partido Liberal con toda pasión contra el godo, pues ya se había acabado el Conservador, y se lo conté hasta a las moscas). Mente superior (sí, el “voltiado” es persona que ha pensado). Valor moral. *Magnifique, superbe*⁵ valor físico (si se considera que los dos valores se siguen y que colocó dos adjetivos para el valor físico, parece el moral como a trasmano). Investigaciones psíquicas y metafísicas (no, no he empezado todavía).

»**Segunda parte, destino:** mente sincera y generosa. Espíritu moral y religioso (y hasta puede que sea verdad). Buena posición para largos viajes y vivir en el extranjero (las hambres que yo pasé en España fueron de alivio). Trabajo bien remunerado (ahí vamos “tirandito”). Perseverancia para lograr lo que desea (¿y qué deseo aparte de la libertad de prensa?). Muy buen matrimonio y viudez prematura (¡se salió del todo del tiesto!). Fortuna en país extranjero (eso va a ser que de pronto me largo y ya es fortuna). Éxitos y honores (por lo menos lidia interminable de “lagartos”). Muy favorecida por la suerte (sí, no me ha ido mal). Orgullosa y rencorosa en exceso (no tanto en cuanto al rencor; de orgullo sí estoy muy bien, pues a veces recuerdo a Martín Fierro: “... porque el olvidar lo malo, también es tener memoria”, y olvido para que me la vuelvan a hacer, naturalmente). Herencias inesperadas (eso me cogerá en la sepultura). Ganancias en la lotería (pero sí jamás he comprado un billete). Suerte para el amor y

.....
⁵ Hermoso, soberbio.

las finanzas (otra vez se desquició). Buenos hijos (pero ¿hijos de quién? Porque yo no tengo). Siendo una amiga inmejorable, tiene amigos fieles (a ratos y regañones). Sufre numerosos accidentes (me choca, porque hasta ahora solamente me he quebrado los dos tobillos en un solo golpe. Es cierto que arboricé una vez, pero no pasó nada. Y sobre Lima, me perdí con el avión en que iba en una tremenda tempestad de arena, pero no pasó nada. Y viajando hacia Talara con rumbo a Lima y con K-Milo nos montamos en un avioncito que no se cayó de milagro, pero no pasó nada. Le habría salido mejor al mago decir “numerosos accidentes frustrados”).

»Debo casarme en lunes o jueves y hacer mis asociaciones de negocios en lunes o jueves (no tengo dinero, ni disposición, ni ganas para hacer negocios) y todo saldrá bien. Su piedra talismán es la turquesa mineral “feliz” (ese mago debía vender de eso porque nunca lo he oído nombrar)».

Cuando terminé, salí a la conclusión de que en lunes o jueves voy a hacer de pronto algún disparate. Aunque en lunes, es cierto, me salió bien el otro día un asuntico que me traía a mal traer. Y ese es mi destino, agregando que debo vestirme siempre de rojo o verde, cosa que nunca se me ha ocurrido.

El Tiempo, 3 de octubre de 1954



LA GITANA

¿Quién ha dicho que la prensa es el cuarto poder? ¿Quién afirma que el periodista tiene una grande influencia sobre sus lectores? Pamplinas. Y lo grave no es por nosotros, los cronistas ligeros, sino por vosotros, amigos, los editorialistas profundos. Porque si bien es cierto que el público lector, al terminar de leer nuestras paparruchas nos ama de corazón, si está de acuerdo, o nos odia desde lo profundo de las entrañas si está en desacuerdo, de todos modos, nos olvida en el plazo máximo de dos segundos.

Ayer escribí sobre «ser gitano». Lo hice con el laudable, sano y noble propósito de que mis relacionados dejaran su obsesión sobre un vestido de baile y quedaran tranquilos. Al llegar a casa había un grupo de amigos que terminaba de leer mi nota. Me felicitaron calurosamente y acto seguido dijeron:

—Dizque por aquí cerca habitan unos gitanos. ¿Por qué no vamos a ver cómo son los vestidos y las aretas y los pañuelos? Porque hay que reconocer que no tenemos al respecto la menor idea.

¡Ay!... ¡Ay, ay, ay!, que dice el cantar. ¡No dejé la profesión, lectores, porque la gitana Elizabeth me dijo que no fuera animal!

Llegamos. El pequeño cuarto está dividido por un tabique de telas brillantes. De un lado, el consultorio para los

clientes de menor cuantía. Del otro, el que recibe a los más apreciados. Hay dos gitanas jóvenes, lindas, con sus clásicos tipos de nariz aguileña, de inmensos ojos negros, de dientes maravillosamente blancos y parejos, de cabelleras oscuras y llenas de grasa. Nos consideran, a simple ojo, cliente de mayor cuantía y entramos al sanctasanctorum⁶. Allí está la gitana Elizabeth. Es alta, magra, morena como todos los de su raza, con un rojo pañuelo en la cabeza y un par de ojos profundos, brillantes e investigadores. Habla italiano, tal vez bien, o acaso mal, un francés excelente y un español chapuceado, que se deja entender.

—¡Ah! ¡Pero no queréis sino saber de vestidos de gitanos para un baile? ¿Vais a desperdiciar la ciencia de la gitana que quiere deciros cosas bellas? Anda, anda, dad unas monedas, que al gastarlas valen, y conoceréis vuestra vida. Aquí está la baraja, en las manos que la conocen. Anda, vamos, ¿es que no queréis saber nada de vuestra suerte?

Y, como el espíritu está aventurero, nos entregamos al sabio encanto de la baraja de la gitana Elizabeth. Cuando el primero ha terminado, nos quedamos algo perplejos. Claro que todo esto no pasa de ser una coincidencia, pero lo cierto es que a este amigo nuestro le han soltado una serie de verdades de a puño.

Los demás vacilan, temerosos, y la cronista se resuelve con un perfecto escepticismo. La verdad es que una vez, ya lejana, la cronista tuvo el capricho de aprender a «echar las cartas», y desde entonces no cree palabra de lo que ellas dicen. Pero, de pronto, ante la gitana misteriosa, un escalofrío le corre por la columna vertebral. Allí en frente está el

.....
⁶ Lugar muy reservado y misterioso.

ramo agorero de flores muertas, de no sé cuántos países; las manos morenas de la gitana van volviendo las cartas, sus palabras se hacen, para la que escucha, profundas, lejanas, sugestivas...

—¿Quisieras tener aún más libertad? Pero más no es posible, ¿comprendes? Si siempre estás haciendo lo que se te viene a la cabeza... Te gusta tu trabajo, ¿comprendes?, pero por él te odian muchos... Muchos te quieren mal, aunque eso no parece causarte mayor impresión, ¿comprendes? Yo, que te quiero bien, voy a darte un amuleto que te preservará. Por ti no te cobraría nada, ¿comprendes?, pero vale mucho, viene de lejos, te servirá tanto... Oye...

Las palabras de la gitana van adquiriendo un aire sibilino. Su voz se hace cada vez más opaca; la curiosidad, como una tela de araña, invisible, nos va envolviendo, se nos olvidan los vestidos y el baile y la cuestión de si el pañuelo en la cabeza es distintivo de solteras o casadas. Es la eterna influencia gitana de estas gentes bellas y morenas, ardientes y extrañas.

—Bien, ¿cuánto vale el amuleto?

La gitana fija un precio inteligente, hábil, ni muy alto ni muy bajo. La cronista, que vuelve a su buen sentido, se niega a pagarlo.

—¡Ah! Pero ¿entonces quieres que te quieran mal muchos otros? No digas. ¿Qué son para ti otras monedas?

Sí, es verdad. Transamos. Ha entrado, en tanto, Marama María. Es majestuosa, pintoresca, sonrío con bondad. Tras de la mano, dos chicos con caras que parecen sacadas de un cuadro de Murillo para su Niño Jesús. Sonríe, habla cadenciosa, larga y deliciosamente. Han pasado dos horas, se hace tarde, y nos vamos. Al salir alguien exclama de pronto:

—¿Y los vestidos?

Autobiografía de una uña

—¡Ah! El vestido del gitano, pues ya lo veis, solo que...
—Marama María sonríe—, solo que, ¿sabéis? Lo importante es el tipo.
Y es verdad.

El Espectador, 7 de julio de 1942

BREVE HISTORIA DE FANTASMAS

Sobre un fondo tétrico de árboles inmensos, oscuros y centenarios, se alza la vieja casona colonial. Tiene un amplio zaguán con argollas herrumbrosas en las que hace siglos ataron las cabalgaduras quienes llegaban a la casa. Una escalera de roble que se estremece, pero desafía el tiempo. Un amplio patio que rodea la construcción.

Dicen los aldeanos que allí espantan, que, en las noches, cuando hay silencio y suenan las doce, alguien saca monedas del fondo de un baúl y las cuenta una a una haciéndolas caer con mucho ruido. Dicen que de pronto alguien gime y suplica, y se oye el lamento de un ser humano, cuyo cuerpo se desploma como si lo hubiesen herido de muerte con una puñalada. Dicen que se oye el ruido del martillo al ir levantando las pesadas tablas una a una, y luego el esfuerzo jadeante de alguien que parece arrastrar un cadáver para enterrarlo.

Y cuentan los viejos aldeanos, los muy viejos, que cuando vivía su bisabuelo en aquella casona colonial perdida en el fondo triste de la sabana, ocurrió un drama de amor, y que, en la época de su tatarabuelo, un avaro contaba monedas noche y día y al ser interrumpido se levantaba con la mirada llameante y un trabuco⁷ en las manos. Se relata que alguna vez

.....

⁷ Arma de fuego más corta y de mayor calibre que la escopeta ordinaria.

un arisco y envidioso hermano asesinó a otro por una herencia o por celos. Todo esto se habla muy paso, en las casitas y en torno a la lumbre, en tanto que los arrapiezos⁸ tiemblan arrebujados en sus ruanas.

La casa duró muchos años deshabitada. Alguno de los patrones sufrió allí la mayor pena de su vida, otro vio huir a su hijo, el de más allá tenía una rojiza mirada de demonio perseguido. Los aldeanos no se atrevían a entrar y por eso no se la convirtió en granero. La gran casa colonial, la casa que levantarán para desafiar a los siglos los hidalgos que vinieron de la madre España, está allí con sus muros intactos, anchos, de dos metros cada uno; con sus puertas claveteadas, sus inmensos sofás, sus grandes camas matrimoniales, con columnas labradas y torneadas, y sus mesas, que no sería fácil mover.

Un día se pusieron de moda las casas coloniales y, además, llegaron ingleses a residir cerca de la ciudad. Encontraron encantadora esa mansión, y aristocrática, sobre todo, al saber que allí había espantos no importados, sino legítimos, naturales, como en el más antiguo y majestuoso castillo de la vieja España. Tomaron la casa fascinados. Y a la primera noche, cuando el dueño de casa empezaba a dar cuerda a su reloj, alguien con un helado soplo apagó la bujía que estaba en la mesa de noche. El inglés buscó sus fósforos y la encendió de nuevo, pero de nuevo, con un soplo más fuerte y helado, como una corriente de aire del páramo, fue apagada. El inglés sacó su lamparilla eléctrica y revisó todas las ventanas y puertas, que encuadraban perfectamente dentro de sus marcos. Entonces, con un nuevo fósforo, encendió su pipa, se acostó a oscuras y gruñó:

.....

⁸ Niño o muchacho, generalmente de condición humilde.

—No sé cómo los espantos se mueven tan hábilmente en la oscuridad.

Al siguiente día compró en la ciudad lámparas de gasolina.

La muchacha, linda inglesita rubia de claros ojos luminosos, leía una novela de Dickens, permitida para muchachas, en tanto que pensaba, no en las páginas, sino en la maravillosa tesura de su piel. Una mano intangible, invisible, pasó sobre las suyas y, quitándole el libro, lo cerró. Por el aire, el libro fue a caer en la mesilla lejana. La muchacha, que tenía sueño, murmuró agradecida: «*Thank you very much!*»⁹. Apagó la lámpara y se durmió, siempre pensando en su piel tersa y satinada como porcelana.

La señora hablaba con su niño de la gloria de los marinos ingleses, en tanto que tejía un horrible saco de lana para abrigarse. Era alta, huesuda, no fea, con una mirada ingenua y una confianza absoluta. Entre ella y su niño se interpuso una sombra sin forma humana, una sombra etérea, impalpable, sutil. La señora, sin levantar los ojos de las agujas, dijo: «Yo no hablo muy bien castellano, pero diría a usted, señor espanto, el favor de acostar al niño, pues ya es hora de que duerma. Agradecida con usted». Y el espanto se llevó al niño de la mano. Cuando volvió, la señora le rogó con voz suave y sugestiva: «Oh, ¿querer usted ser tan amable, de sobrarle tiempo, de limpiar los cristales de esa lámpara? Son preciosos, pero no los han estimado. ¡Oh!, ¡son preciosos!».

La vida era muy grata y el día que los ingleses se marcharon y unos colombianos pensaron tomar la casa para veranear en ella, la nueva clientela, que no había olvidado cuanto de

.....
⁹ ¡Muchas gracias!

esa casa se había dicho, preguntó discretamente a los ingleses por su estadía allí sin precisar nada para no quedar en ridículo:

—¿No hay ninguna incomodidad en la casa?

—¡Oh, no señora, no! —contestó muy seria la esposa del inglés—. Todo el mundo es amable y atento. La casa es amplia y deliciosa. Los niños tienen dónde jugar. Hemos cuidado mucho los prados. Usted estará encantada. Y tan tranquila.

—¿Tranquila?

—Una tranquilidad absoluta. Calma, comprensión, soledad. Es una casa deliciosa, ya lo verá usted.

El matrimonio se instaló feliz y comentó:

—¡Pero cómo habla la gente! Ya ves que esta casa duró desocupada tantos años. Estos extranjeros, como nada pensaban en espantos, nada vieron. ¿Te fijaste lo apacible y tranquila que encontraron la casa? ¡Es gente civilizada!

Y los dos rieron. Pero a la noche hubo una corta discusión conyugal. Corta, pero un poco subida de tono. El señor esposo salió a caballo y fue al pueblo vecino a visitar un pariente. Su mujer, llena de cólera, se acostó, apagó la vela y se quedó tranquila. Hacia la medianoche oyó llegar al marido, su ira aumentó, volvió la espalda a la puerta y fingió estar profundamente dormida. Oyó entrar a su dueño, que encendió una cerilla para guiarse y luego una bujía a la cabecera de la cama. Se desvistió sin la menor consideración, lanzó los zapatos al suelo con toda la intención de despertarla y con tanta fuerza que parecían enormes botas de montar, levantó las mantas y se acostó al lado de su cónyuge. Evidentemente hacía frío afuera, pero la esposa siguió fingiendo que dormía. El marido se movió un poco, al parecer, incomodado, sopló la bujía, que se apagó con un soplo frío, y por un instante la dama oyó el castaño de sus dientes.

Ella pensó: «Ojalá hubiese en esta casa un espanto de verdad que lo hubiera encontrado en la escalera y ese frío fuese de miedo y no por salir y dejarme sola. ¡Desconsiderado!». Y se quedó dormida.

A la mañana siguiente despertó muy temprano porque entraba de lleno el sol por una ventana, restregó sus lindos ojos, recordó lo sucedido la noche pasada y se volvió a mirar rencorosa al marido, pero...

¡Pero allí no había nadie! ¡Nadie! ¡Nadie! Apenas, bajo las sábanas, el bulto habría podido formar un enorme cuerpo vigoroso al abrigarse bien, y sobre la almohada el hueco que habría dejado una cabeza en reposo.

Un grito, un aullido, algo horrible escapó de su garganta antes de caer sin sentido. Cuando volvió en sí, y en tanto que sus criadas le echaban agua sobre el rostro y vasos de coñac que no pasaban de la garganta, clamó:

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡He dormido con un espanto! ¡Ay! ¡Las maletas, que me voy ya, en este instante, que me voy y no vuelvo nunca!

—Pero, señora —imploraba la criada vieja de la casa—, señora, cálmese su merced, no puede pensar en irse. Vea, mi señora, que el señor no vino anoche.

—Por eso, porque no vino, porque era otro, ¡me voy! ¡Ay, protégame, madre mía! ¡Ay que me muero del susto!

—Mi señora, si vino otro, no lo diga su merced. Cálmese que el señor no sabrá nada. Vea, mi señora, que si llega y no la encuentra el señor...

—¡Qué señor ni qué ocho cuartos! Que me voy ya, en este instante y en camisa de dormir, ¡ay, Dios mío, qué cosa tan espantosa! ¡Cómo le sonaban los dientes! ¡Cómo se rebullía! ¡Cómo se quitó esas botas inmensas! ¡Ay, me va a dar un ataque!

Y le dio, naturalmente. Al volver en sí no se sabía si miraba con los ojos o con la materia gris y si el espanto era ella o el que había dormido en la cama. Corrió y en menos de una hora llegó a la ciudad. Las sirvientas aseguraban que se había vuelto loca; los aldeanos, moviendo sabiamente la cabeza, decían: «Es que como la señora no es inglesa...».

Y, cuando al fin pudo salir, diez días después, su primera visita la dedicó a los ingleses, a donde fue con su marido, y con una ardiente pregunta en los labios:

—Pero, díganlos, ¿ustedes nunca sintieron un fantasma?

—¡Oh, sí, ciertamente! —contestaron todos en coro—. Fantasmas había en todas las habitaciones. Tan atentos, tan afables y serviciales. Nunca nos estorbaron, al contrario. Un poco frío el aliento, es verdad, pero con este clima no se podía exigir que fuera diferente.

—Pero... pero... señora, ¿no se desvestían?, ¿no encendían la bujía para hacerlo?, ¿no se quitaban las botas?, ¿no hacían todo esto?

—Oh, sí, cómo no, naturalmente, y no puede negarse que se quitaban las botas con demasiado ruido. Es comprensible. Usted sabe que los conquistadores españoles eran hombres muy dominantes y no del todo corteses, no educados en Oxford, ¿comprende usted? Pero excepto esto...

—Y, señora... dígame usted, señora... ¡Ay, qué cosa tan horrible! Y, señora... ¿alguna vez se acostaron en la cama en la que usted dormía?

La dama inglesa, muy perpleja, miró a quien la interrogaba y respondió, volviéndose levemente a su marido:

—¡Oh, no! ¡No, señora! ¡Tú sabes, Alfred, que eso no lo podrías suponer!

Alfred se inclinó cortés y ceremoniosamente, contestando:

—¡De ninguna manera, querida!

Sobre el fondo oscuro de los árboles permanece durante muchos meses, sin alquilar, la gran casona colonial que eleva sus muros sobrios e intocados en medio de la sabana; en las noches el viento gime en las ramas. Es el viento, aun cuando los campesinos aseguren que se trata del espíritu ansioso y solo de los desaparecidos. Corren leyendas en torno a los humildes hogares, mientras los rapazuelos inquietos y temerosos se arrebujan en sus ruanas.

A veces la casa se ilumina: han llegado nuevos huéspedes. Por los grandes corredores pasea el señor antes de dormir con su pipa encendida y la lucecilla a veces se encuentra con otra, se detienen y se oye al nuevo huésped, que cambia un saludo cordial con alguien. Luego sigue el paseo tras los balcones lindos, de tiempos idos, y se dibuja a veces una sombra fina. Algún campesino, al pasar llevando a los caballos o arriando a las vacas, pregunta con un leve estremecimiento a uno de sus compañeros:

—¿Hay inquilinos en la casa?

—No, contesta el otro; no. ¡Son ingleses!

El Espectador, 1943



EL ESPANTO DE LA EMBAJADA

Era *vox populi*, en la lejana ciudad de Bogotá, que en la casa edificada por el doctor Olaya Herrera, en el barrio El Nogal, espantaban. Las gentes lo creían, naturalmente, porque las gentes tienen una afición especial que las hace creer en los fantasmas. Solo que no era muy verosímil la teoría. Una casa moderna, muy fea, muy amplia, con cierto aire de barco y amplios prados al frente, no es la más adecuada para que los fantasmas hagan de ella su residencia.

El espanto tiene, y gusta de guardar, el caché adecuado en los sitios de sus presentaciones. En una vieja casa colonial, de patio con grandes arcadas, sin luz eléctrica, con oscuros rincones y grandes espejos muy viejos que desfiguran lo que ante ellos pasa, con perros feroces que gimen larga y lastimeramente cuando hay luna, porque la hay, y cuando no porque aún no ha salido; pasillos inmensos que no llevan a ninguna parte y alacenas sin fondo; en una de esas casas el fantasma está en su elemento.

Pero en una casa moderna, nueva, imposible en absoluto de arreglar dado su tamaño y sus defectos, el fantasma no resulta. Tanto más cuando que se asegura que enciende las luces eléctricas y se mete horas de horas bajo la ducha. ¡Imposible! Los espantos no se bañan, no se han bañado nunca. Absorben el moho de los muros viejos, de los papeles

que han guardado por siglos secretos de familia o de cartas de amor idiotas.

Un día llegué a pasar no unas horas, sino unos días en la casa que edificó el primer mandatario liberal. Iba con tres amigos del sexo fuerte y todos fuimos muy gentilmente recibidos por los embajadores de la nación hermana, a pesar de que nuestra presentación como huéspedes no había sido anunciada protocolariamente. No hubo tiempo.

Los amigos fueron instalados abajo, en una habitación amplia y grata, y yo arriba, en otra que tiene siete puertas, de las cuales cuatro, por lo menos, conducen a unos disparatados pasillos. Con todo, la primera noche fue excelente. Todos dormimos maravillosamente, protegidos por el escudo amable y amigo del Ecuador. Pero, a la noche siguiente, las cosas empezaron a cambiar. Hablábamos ante la chimenea, cuyos leños chisporroteaban, y alguien dijo:

—¿Qué hace usted toda la noche trasteando muebles de un lado a otro? ¿Para qué?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Pero si no he movido un mueble! ¿Y ustedes por qué se pasan toda la noche caminando en el comedor?

—No hemos salido de nuestra pieza, pero alguien camina, evidentemente... ¿Es raro?

Pasaron dos o tres días en que todos callamos hasta que de nuevo se procuró aclarar el enigma:

—¿Alguno de ustedes es sonámbulo?

—No, no lo éramos, al menos. ¿Por qué?

—Porque alguien juega golf por las noches en los pasillos. ¿Nadie ha oído nada?

—Pues sí, que juegan golf es un hecho. Pero eso es inofensivo.

—Nadie está diciendo que sea ofensivo. Se pregunta únicamente quién juega golf.

Tras muchas discusiones fue necesario sacar una conclusión. Sí, existía el espanto, existía el fantasma de la embajada. Era un ser inquieto que de pronto inesperadamente rodaba por la escalera, que paseaba de un lado a otro, nervioso, agitado, como si tuviese algo por hacer y no recordase qué. Existía el fantasma que jugaba incansablemente con una bolita de madera, que movía de un lado a otro los muebles pesados como buscando algo que nunca hallaba.

Inútil fingir escepticismo; todos lo habíamos sentido. Todos sabíamos que el fantasma de la embajada, el primero que daba cierto aire aristocrático a la ciudad estaba, día y noche, vigilando por que se le tuviera en cuenta.

Pero llegó a sernos tan de confianza que un día al oírlo andar por la escalera, con su paso lento y pesado, alguien clamó sin el menor temor:

—¡Oiga, fantasma! ¡Tráigame un lápiz que se nos quedó arriba! Haga el favor.

Por primera vez calló el espanto y no lo oímos en toda la noche. Al día siguiente, muy preocupados, preguntamos:

—¿Y qué le pasaría anoche al «compañero» que estuvo tan decaído?

—¡Hombre, no! Que eso de pedirle un lápiz en esa forma... no es manera de tratar a un espanto. Y, para colmo, ¡caramba!, a un fantasma de embajada.

Quito, agosto 11

El Siglo, 15 de agosto de 1944



EL PRECIO QUE NO COMPENSA

Hecho una verdadera tarántula, me escribe un lector. Dice, en tono de tronamenta, que el gobierno debe castigar con cinco años de cárcel, sin derecho a excarcelación, a quien hable mal de un prócer de la patria. El hombre opina —sin razón, naturalmente— que la diatriba violenta, acerba y feroz, no debe hacerse, aun cuando en ocasiones diga cosas verídicas, pero que van en detrimento de altísimos nombres.

Acuso recibo de la carta, me sentó muy bien, me alivió la tensión por la guerra europea, que la tengo altísima y... no estoy de acuerdo con mi lector. ¿Qué quiere, amigo? Todas las cosas tienen su precio y el de la gloria es carito, no compensa, ciertamente, pero el que se empecina en adquirirla ha de pagarlo. Es una de las pocas deudas que se cobran por la derecha.

Y puede usted tener una certeza: a la gloria no se llega de improviso ni de sorpresa. Los que la alcanzaron trabajaron rudamente para lograrla, sabían lo que implicaba, conocían sus quiebras y sus escasos beneficios y, sin embargo, se fueron a ella deslumbrados por esa infinita tontería que se llama «el juicio de la posteridad» como quien se va de cabeza entre una chamba. Tienen la gloria, claro, pero la tienen con todo su séquito de calamidades.

¿Está usted pensando acaso que a un Rodríguez de por ahí de la esquina, que trabaja como un negro para ganar

cincuenta pesos, sostiene escasamente a su familia y se permite como audacia máxima criticar a los gobiernos «por si las moscas»; está usted creyendo, pues, que alguien, algún día, se va a poner a averiguar si ese señor usaba cuello de pajarita o no, y si gustaba del aseo personal o era un descuidado? No, no hay peligro. El día en que se muera el Rodríguez del cuento, o el comerciante de granos de la calle Los Mortiños, o el comerciante de vinos de la calle Florián, lo primero que harán sus descendientes será quemar su archivo, con todo respeto. Porque si no, con eso «se llena la casa de ratones».

Pero si es un hombre ilustre y eminente se guardan sus cartas, se analizan, se publican y todo el mundo se entera de que escribía «borrico» con *v* y *k*. Y no faltarán sirvientas que declaren su afición a ponerse siempre las pantuflas viejas, fumar chicote y hurgarse las narices cuando estaba distraído. La gloria implica todos estos descubrimientos. No hay que escandalizarse.

Y entre todo lo que se diga de un hombre eminente, así sean las peores diatribas, entre todo lo que se escriba y se asegure y se compruebe y se lleve hasta el último análisis, lo peor, esté seguro de ello, no proviene de los enemigos, quienes, después de todo, generalmente, dejan en pie la base de la gloria.

¡Pero de los amigos!... ¡Uy! Esos le ponen al más guapo el cuero de gallina. Sea imparcial, sea sereno y diga, entre las cosas más infames, más duras y horripilantes que puedan decirse de un hombre, y la estatua de la Pola, ¿qué es peor? Le aconsejo que se dé una vueltecita por el barrio Las Aguas y mire un poco dizque el monumento que para los siglos de los siglos han dedicado a una mujer de carácter realmente sublime. Le garantizo que en Colombia no volverá a darse una heroína, ni cocida entre dos aguas, si la criatura heroica se da

cuenta del pavor futuro a que se expone. No, no hay inmortalidad que valga estar de por vida encarnada en ese adefesio.

La diatriba mal o bien puede pasarse, ¡pero el homenaje no! Es el horror, el drama, la venganza póstuma de pequeños hombres envidiosos, que no perdonan la grandeza de otros, pero quieren pasar por admiradores desinteresados. Y no crea que es preciso remontarse a heroicas gestas pasadas. El doctor Olaya Herrera fue un ídolo del pueblo de Colombia: lo amaron, lo aplaudieron, casi lo veneraron... ¡pero le hicieron un retrato con estampillas! Y por si fuese poco, uno al óleo, que lo representa muerto, extendido en una playa, con una banda de la república al pecho, vestido de frac, y allá en el fondo se ve el sol que se oculta. ¡Algo, ¿no?, de salir uno corriendo y no parar sino en el Polo Norte!

Yo lo vi, todo Bogotá lo vio, un pergamino que ofrecieron al doctor Alfonso López y que, para colmo de saña, exhibieron en una vitrina de la calle Real. Vea, desde que me enteré de que una comisión le llevó el pergamino, y lo recibió, y sonrió y, siendo presidente de la República y jefe supremo del Ejército, no mandó fusilar a los autores y a la comisión; lo admiro profundamente. Es que se necesita mucho, pero mucho, valor en la vida para aguantarse a pie firme un homenaje de estos.

¿Y usted no leyó en *Cromos* la «charla» de un reportero con el capitán Concha Venegas? Le pregunta: «¿A usted le gusta el arequipe? ¿O prefiere el queso?» ¡No, por Dios, no! Y ese hombre se montó en el avión, llegó a Lima y no se fue de bruces contra una cordillera.

Créame que la gloria da mucha resistencia. Pero tiene su precio y los que desean alcanzarla saben que nada de castigos ni de cárceles para la diatriba. Tengo la sospecha de que en el Olimpo, los héroes, los grandes, los genios, imploran

Autobiografía de una uña

desesperados: «¡Señor!, envía tus rayos sobre las estatuas que nos levantan, los discursos que nos endilgan, los homenajes que nos hacen, y dadnos la diatriba. ¡Dadnos, Señor, la diatriba benévola de tu condenada humanidad!

El Espectador, 16 de mayo de 1940

LOS NOMBRES DE LA GLORIA

En España le suceden al viajero hispanoamericano cortas aventuras que no alcanzan a tener sabor de leyenda, pero casi la rondan. No son aventuras terribles, no. Los bandidos no asaltan a los viajeros en las carreteras o, al menos, no asaltan a los viajeros conocidos; las brujas no ejercen sus funciones de manera suficientemente ostensible; los fantasmas que llenan los antiguos edificios —conventos, castillos— que hoy son soberbios paradores nacionales, no son fantasmas terroríficos y en muy contadas ocasiones arrastran cadenas, cuyo retintín se asemeja más al ruido que producen las pulseras de las señoras, ¿acaso una viajera que llega demasiado tarde?, ¿tal vez un fantasma venido a menos?, se asemejan más, pues, a ese ruido de una pulsera de plata que al que produciría un real fantasma de sombra y hueso.

Con todo, pasan cosas...

Un día, hace ya tiempo de esto, me hallaba en el restaurante Pasapoga, con un grupo de relacionados. Un hombre de gran figura altiva, de rostro algo extraño, me llamó la atención:

—¿Quién es aquel señor?

—¡Ah!, el duque de Veragua, don Cristóbal Colón.

Pasaron los días, las semanas, los meses, y una tarde en la plaza monumental de Madrid se efectuó una gran corrida

de toros. Fue algo muy bueno, pero los toros, después de la muerte de Manolete, carecen del elemento «pasión». Se comentaba a la salida, sin discusiones, fríamente, todos estaban dispuestos a ceder al vecino, y se cambió de conversación. Llegó un amigo de otros amigos y me lo presentaron:

—Don Hernán Cortés, miembro del parlamento de propaganda del Banco...

Pero yo, distraída y perpleja, lo miré: es un señor, todo un señor, gordo, cordial y simpático, de gafas, cuyo aspecto me hizo pensar en todas las personas honorables del mundo, pero no en aquellas figuras extraordinarias que formaron la todavía no cantada, no descrita y no entendida en su prodigiosa grandeza, epopeya de los conquistadores de América.

—¡Hombre! —realmente estoy perpleja—. ¡Hombre!, pero ¿usted tiene la audacia de llamarse Hernán Cortés?

—¿Y qué voy a hacer si me bautizaron Hernán y mi apellido es Cortés?

—Es verdad... pero... la verdad, yo no habría podido ser nada en el mundo, no digo el visitador de bancos, pero nada, si me llamara Hernán Cortés.

El amigo, risueño, se sentó a mi lado y me preguntó:

—¿Conoce usted a don Cristóbal Colón?

—No tanto, pero lo he visto. El duque de Veragua, ¿verdad? El heredero de la famosa ganadería de la que se decía «Los toros del duque» y todo estaba dicho.

—Exactamente. Por causa de este nombre mío he visto la mayor de las indignaciones y la mayor de las sorpresas en un rostro humano. Creo que la persona a que me refiero debió enfermarse del corazón.

—Cuenta.

—El duque de Veragua es miembro del ayuntamiento de Madrid, y yo, por mi cargo de visitador, tuve que ir a verle

en una ocasión. Salió un conserje viejecito, aficionado a la lectura y, por si fuese poco, aficionado a la historia. «Desearía», le dije muy cortésmente y medio en broma, hablando del duque por su nombre, pues conocía las manías del conserje, «¡desearía ver a Cristóbal Colón!». El conserje me miró de arriba abajo, le parecí correctamente vestido, pero, de todas maneras, consideró excesiva esa forma de confianza. «¿Quién desea ver al señor don Cristóbal Colón?», preguntó ahuecando la voz y recalcando mucho el «señor don». Contesté con gran sencillez: «¡Dígale que Hernán Cortés!». No he visto nunca cólera igual a la que reflejaba aquel rostro y, antes de que me echara, saqué mi tarjeta. Entonces a la cólera la reemplazó la sorpresa: «¡Vaya! ¡Vamos! ¡Pero es imposible! Yo, señor... Yo... yo no puedo anunciarle a Cristóbal Colón a Hernán Cortés. No lo tome el señor a desatención, pero... yo nací en el siglo pasado». Y entonces tuve que emplear todo mi valor y mi paciencia en calmarlo.

Cuando la conversación iba aquí, entró un anciano respetable, de cara inteligente, y me lo presentaron:

—¡Don Alfonso Doce y Rojo!

—¿¡Qué!?

—Eh, no se preocupe —arguyó el último presentado—: mi apellido es Doce, y mi padre quien, por lo visto, era un humorista, me bautizó Alfonso. No tiene nada de particular.

Pero yo resolví irme antes de que entrase otro aficionado taurino y salieran presentándomelo con toda calma «don Gonzalo Jiménez de Quesada» o «don Francisco Pizarro». Yo no tengo resistencia seria para estas aventuras triviales.

París, 1948

El Tiempo, 26 de octubre de 1948



RETORNO AL VERDADERO DRAMA

Si observamos un poco el *ritornello*¹⁰ social, encontraremos sin mucho trabajo que la mayoría de las gentes vive en perenne trance de drama. Este, que normalmente no entra en las actividades humanas, no existe, pero se va creando. Los pequeños sucesos de absoluta superficialidad cobran caracteres imprevistos y gravísimos; aparecen lágrimas, reproches, recriminaciones, riñas violentas por motivos baladíes. El marido que llegó tarde, el novio que no llamó, la mano de *bridge* mal declarada o carteadada, la sirvienta que rompió la porcelana, la modista que equivocó el corte de una manga. Todo se vuelve tema trágico. Hemos llegado hasta interesarnos por la política únicamente porque le hallamos un sabor acre y fuerte, explotable para nuestro estado de ánimo.

¿A qué se debe tal fenómeno? Muy sencillo. Hasta hace cinco años, la crónica de policía interesaba en los diversos sectores sociales. Morbosamente releían las damas —aunque no lo confesaran— el asesinato horrible de la Ñapa, se indignaban ante las mujeres despedazadas por el hombre fiera, rugían contra Edilberto Ávila, quien eliminó bárbaramente a su esposa. Se leían novelas del mismo temple y la afición trágica que hay en cada uno quedaba saciada. Pero

.....
¹⁰ Estribillo.

los gustos se refinaron; los buenos literatos llenaron las bibliotecas, las crónicas de policía empezaron a no ser comentadas y terminaron por no ser leídas. Nadie se interesa por los crímenes y, en la imposibilidad de darle escape a nuestro latino sentido dramático, lo hemos vulgarizado, «democratizado» se dice ahora, con resultados pésimos para la paz cotidiana. Sin embargo, a veces acaecen crímenes de características tan siniestras que pueden llegar a ser conocidos, por lo menos, pues en su dramatismo feroz encierran algo que bien vale un insomnio o un estremecimiento. Relataré a mis lectoras un caso que han publicado todos los diarios, pero que, estoy segura, no ha sido visto por ninguna.

Tenía ocho años Daniel Hernández, la mañana era bella y llena de sol, el chico resolvió «hacer novillos» y escapar un día de escuela. Salió de su casa camino a la aldea y torció por una veredita, que llevaba a un sitio donde abundaban en los altos árboles los nidos de golondrinas. Una quebrada clara, que golpeaba las piedras con el rodar alegre de sus aguas, corría al pie de la arboleda. En la quebrada lavaba ropa Jesusa Herrera, mujer joven, apuesta, llena de salud, que cantaba al compás con el agua. Daniel la conocía y, temeroso, pasó en silencio tras ella y trepó a un árbol.

Subió muy alto: cerca quedaban las golondrinas; allá lejos, la iglesia del pueblo; al pie, linda, fresca, la lavandera que cantaba. Cuando el chico alargaba la mano hacia un nido, un aullido horrible, que apagó el canto, le hizo bajar los ojos y vio cómo un hombre acababa de dividir el cuerpo sano de la mujer que lavaba. El pequeño se encogió, calló como las golondrinas y esperó. Vio entonces, con sus espantados ojos de niño curioso, cómo el hombre, con terrible saña, fue dividiendo el cuerpo a machetazos hasta dejar veintisiete trozos informes que manaban sangre cálida, sangre que corría a

poner su nota colorida en la quebrada. Al final el asesino levantó los ojos y el chico desde su árbol reconoció bajo el disfraz hombruno a Isabel Moreno, mujer casada, celosa de la Herrera, a la que su marido atendía demasiado.

La mujer respiró satisfecha, limpió el machete en la tierra y desapareció.

Pasó un minuto, pasaron diez, pasó una hora, antes de que Daniel Hernández bajara del árbol y de puntillas se alejara camino a la escuela. En muchas veladas oyó comentar en el hogar el crimen horrible, y supo muy bien que nadie encontraba al asesino. De noche temblaba, apretando los labios, porque para poder relatar lo visto, aquello que le apretaba el corazón y no lo dejaba reír, ni correr, ni saltar como antes, habría tenido que decir que se había escapado de la escuela. Miraba el rostro severo del padre y callaba, viendo siempre dentro de sí veintisiete trozos humanos y un arroyuelo de sangre que coloreaba el agua pura.

Pero un día, muchos meses después, empezó a sentir bajo su cráneo de niño un terror, que era ya el terror de la locura. Entonces, bañado en lágrimas, contó a su madre aquella horrible cosa, que vieron solamente él y las golondrinas desde las altas ramas. Es todo. El pequeño, una vez y otra, pudo ir dejando en oídos ajenos la trágica carga, que le hacía pesada la vida. Y anteayer los jueces condenaron a la mujer feroz, que sonreía tranquila, satisfecha de haber cumplido lo que consideró justa venganza.

Es un tema sin modernismos para García Lorca. El día azul, el niño alegre, la mujer enamorada, la venganza macabra, los dos arroyos de sangre y agua. Un crimen común que acaba de ser juzgado entre muchos otros sin mayor importancia.

El Espectador, 15 de marzo de 1937



MIS CRÍMENES

Indudablemente algún día llegaré a adquirir nociones de perfecto orden en mis papeles e ideas, y entonces procederé inmediatamente a hacer mi vida agradable, para lo cual no necesitaré de elementos nuevos, bastando con suprimir los que me molestan. Antes será necesario, sin duda, que pierda completamente el respeto hacia aquella fórmula de la constitución sintetizada en la frase: «el valor de la vida humana», que hasta ahora ha sido mi principal tropiezo para lograr una completa beatitud.

¿Pienso, acaso, tomar a la ligera, o no tomar de ninguna manera, las leyes de la república? No. Pienso asesinar a mis enemigos. ¿Horror? Ante todo, evitemos el escándalo. Todos, cual más, cual menos, hemos tenido ansias de sangre humana. Otra cosa es que, por educación o por miedo, nos hayamos privado, muy contra nuestra voluntad, de satisfacerlas. Pero no es posible resistir indefinidamente: llegará el momento en que mis ahorros no se invertirán en medias de seda, ni en los carísimos perfumes de Guerlain y Lanvin, sino que servirán para adquirir las grandes invenciones que dieron gloria y nombre a los benefactores de la humanidad. Un tercio de cianuro, otro de arsénico, una pistola ametralladora y las obras de Arturo Suárez.

Para evitar a mis biógrafos el trabajo de reconstruir mi labor, que será perfecta en su realización, dejo los datos completos de las personas que perecerán en mis manos. Mataré:

- * A una señorita que me manda todos los días un anónimo para darme un tema: el de que escriba contra los anónimos.
- * Al amigo que en las partidas de *bridge* se empeña en enseñarme cómo debo jugar, en el momento exacto en que le estoy ganando cincuenta y dos puntos.
- * A una vieja dama muy respetable que me invita a tomar el té regularmente y, «por el cariño que me tiene», me advierte que estoy escribiendo como un topo, y me relata todas las pestes que han dicho de mí en su presencia las personas que me critican.
- * Al jefe de redacción que, después de obligarme a renunciar, porque la nota que he presentado «es impublicable», la publica por la tarde.
- * A la dama virtuosa que me alzaprima¹¹ la vida para que le coleccioné estampillas, que servirán para redimir a los niños salvajes del Congo, que han sido raptados por los salvajes de la Conchinchina.
- * Al hombre amigo de probar sus teorías, que, para lograrlo, cuenta hipótesis como esta: «Supongamos que usted tiene ahora la fiebre amarilla...», «Si al ir usted por la acera un bus se sube y la aplasta...», «Pongamos el caso de que al pasar bajo un balcón se cayera un tiesto de geranios y le hundiera el cráneo...», etcétera.

.....
¹¹ Devolver el realce o la importancia.

- * A la tía cariñosa, que solo nos visita cuando hay un enfermo, y, al entrar, dice, con aire de pesar: «Pero hacía tiempos que nadie se enfermaba aquí».
- * Al cuarentón honorable que después de hablar de la caballerosidad de sus tiempos, ¡ahora tan menguada!, cuenta con nombres y apellidos las aventuras que ha tenido con damas que todo el mundo creía virtuosísimas.
- * Al señor ilustradísimo y disertador, que la conoce a una y una no lo conoce; quien, además, se sienta en el tren al lado de una y al oír que va para Apulo, por ejemplo, exclama: «¡Qué agradable, yo también voy para allá!».
- * Al hombre viajado que asegura que este país está en el mayor atraso, critica al presidente y a los ministros, asegura que la democracia es detestable y termina diciendo que nadie lo convencerá de que la plaza de Bolívar es superior a la plaza de la Concordia, en París.
- * Al provinciano que llega con vestido negro, zapatos amarillos y sombrero verde, diciendo que aquí no se puede vivir porque «nadie saber vestir».
- * A la dama literata que escribe cartas de amor y las muestra antes de enviarlas, cartas que comienzan «Me refiero a la tuya del...» y termina «con mis respetuosos saludos para todos...».
- * Al caballero anciano que asegura que las mujeres de su tiempo eran muy superiores a las de ahora, que la moral está de capa caída, y se pasa la vida haciéndoles el amor a esas mujeres de ahora.
- * A las viudas de veteranos liberales que creen que yo tengo influencias para conseguirles un empleo en el Gobierno, con doscientos pesos de sueldo.

- * A las personas que, con tono de cálido afecto, me aseguran que algún día la posteridad me levantará una estatua como la de Policarpa Salavarrieta.
- * Al miembro de prestantísima familia que me convence todos los días de que aquí no hay buen gusto semejante al suyo.
- * Al caballero que «tiene oído» y durante un concierto clásico lleva con el bastón el compás de un tango argentino.
- * Al aficionado a los toros que después de observar un pase soberbio de Domingo Ortega, que tengo enmarcado, afirma que «aquí nadie sabe lo que es una buena faena».
- * Y, finalmente, a los suicidas, que se ponen a quitarse las medias en la «piedra de los suicidas» y a escribir versitos ridículos, hasta que llega la policía y los atrapa, antes de que hayan cumplido su fatal determinación.

El Espectador, 8 de febrero de 1939

«PEQUEÑECES QUE DESAGRADAN»

Título poco original, pero muy oportuno

Somos gruñones por temperamento, descontentos e hipócritas. Es inútil negarlo porque así somos todos, y por esos detalles bien podríamos reconocernos. A diario, en visitas, tranvías, oficinas, calles y hogares, estamos declarando que en este país no se puede vivir un día más, que la inquietud es insoportable, insostenible la crisis, trágica la existencia. Y, sin embargo, vivimos en un oasis, como dirían los árabes, seres admirablemente provistos de sensibles antenas que les permiten captar los minúsculos placeres suaves e indolentes que dan expansión a la sensualidad.

Vivimos en un oasis, algo más que fresco, sin duda, pero oasis al fin. Tenemos excelentes dátiles de Soatá, ruanas maravillosas y abrigadas que nos vienen de Iza (conste que yo no exploto a nadie, y que la única ruana que hay en casa la compré con mi dinero, porque me provocó) y, a falta de camellos, tenemos burros llenos de jorobitas, que dan saltos y toman mucha agua. En cuanto a árboles, no estamos mal, y hasta tenemos algunos arbolillos genealógicos, pero no es culpa nuestra.

Nuestras contrariedades son mínimas, sin excepción. Si nos reuniésemos en un sereno conciliábulo para analizar

nuestras desgracias colectivas —claro que cada cual tiene las suyas particulares, pues, por ejemplo, casi todo el mundo tiene *briquette*¹²—, veríamos que nos hemos limitado desde los tiempos de la hegemonía conservadora, hasta estos malhadados de la república liberal, a imaginar desgracias que no suceden. Nos excitamos, golpeamos la mesa, gritamos, protestamos, gemimos, lloramos y, a veces, cuando somos lo suficientemente tontos para no respaldarnos, ni a nosotros mismos, nos arrepentimos. Pero en realidad, realidad palpable, real, dolorosa, nada nos sucede.

Como los chiquillos del asilo, de los que hablaba mi amigo Lenc en un admirable artículo del pasado sábado, comemos como huérfanos, reímos, gozamos y, tengan o no fosfato suficiente nuestros alimentos, lo cierto es que vamos adelante, con un relativo vigor, el indispensable en todo caso. Colombia es una tierra alegre y feliz, en la que crecen las cementeras, el café suave, el tabaco de primera y la anemia tropical, como dijo nuestro alcalde, con un aire tan serio, tan heroico, tan trascendental, que nos hizo sonreír. Simpatizamos mucho con él, aun cuando así no lo crea.

A pesar de tantos y tan abundantes dones como ha dejado caer sobre nosotros con su afable mano generosa la naturaleza tropical, siempre encontramos motivos de queja. Creo que incluso los grandes místicos han estudiado detenidamente el fenómeno por el cual el ser humano nunca está contento. ¿Nuestros motivos de queja? Son variados.

Existe, por ejemplo, un médico en esta metrópoli, cuya obra no conozco ni puedo juzgar. Este médico, por medio de la cirugía, cura la idiotez y la locura. Caso inaudito llamado,

.....
¹² Encendedor.

sin lugar a duda, a revolucionar la medicina del mundo entero. Hay que convenir en que si al lado de nuestro hombre, Pasteur no es una pionía¹³, por lo menos está a su altura. No se puede dudar de la seriedad de su obra, puesto que crónicas sobre ella son publicadas, con fotografías y lujo de detalles en la prensa. Pues bien, aquí hay academias de medicina, Sociedad de Cirugía, profesores médicos, cuya ciencia es respetada en Europa. Me consta porque he visto cartas y distinciones otorgadas por grandes centros científicos europeos a varios de nuestros médicos. En mi opinión, o se juzga la obra de este hombre, se la declara realmente grandiosa para honor de la patria, o insignificante, para evitar engaños. O si no tengo razón, yo soy una de las idiotas que deben ingresar a someterse al tratamiento.

El Espectador, 24 de agosto de 1936

¹³ Semilla de árbol.



SIN TÍTULO (ENTRE ESAS MIL CARTAS)

Entre esas mil cartas de lectores que le envían a una sus temas, con el propósito de decir entre líneas, aunque jamás lo digan claramente: «Le envío a usted esta, con la esperanza de que usted diga pestes contra tal o cual empresa, tal o cual ministro, tal o cual jefe de sección, ya que yo personalmente no me atrevo a decirlas», entre esas cartas, pues, que añoran cada día poder «juagar» a otro con boca ajena o, en este caso estaría mejor dicho, con pluma ajena, hallo hoy una encantadora. La que firma «Pascuala».

Pascuala, según me cuenta, es pobre como una rata y su novio es pobre como un ratón, pero su novio y la familia de ella, que subsisten gracias a los sueldos de dos hermanos muy bien colocados, quieren que Pascuala y su novio se casen. Ella sabe que se morirán de hambre ella y su novio, ya por entonces convertido en esposo, y los niños que tengan, pues su novio apenas devenga, a veces, cuando le va bien, treinta pesos mensuales.

Pascuala no quiere morir de hambre y sus amigas le han aconsejado, con perfecta unanimidad, que recurra a la doctora Ki-Ki, que es sabia en asuntos de amor. Pero Pascuala, tras mucho leer a la doctora, preferiría pedir consejo a Emilia: «Dice usted las cosas con una franqueza tan grande», añade, «que se ve que sigue siempre su pensamiento y

no su experiencia, ni se guía por lo que ha visto que pasa. La doctora me diría que si lo quiero, me case, que muchos matrimonios han comenzado así, que poco a poco se arreglarán las cosas...». Y Pascuala agrega que no ve cómo han de arreglarse, y quiere un consejo.

Leída su carta, muchacha, por esta vez, única, pues yo nada tengo que ver con los asuntos sentimentales de la doctora Ki-Ki y, además, no pienso tomar su carta sentimentalmente, le daré una justa beligerancia. Excepción única, lo repito, y excepción al margen del amor, puesto que, si de amor se tratara, allá está con su sabiduría, sus consejos y su invariable aplomo la doctora Ki-Ki.

¿Yo, Emilia, tan franca —¿por qué, niña, no dijo usted «tan ruda», como estoy segura de que lo pensó?—, me casaría en sus condiciones o siquiera le diría a usted, a quien no conozco, que se casara?

¡No!, ¡no y no! ¡De ninguna manera! Aunque se idolatren. ¿Con treinta pesos mensuales? ¡Eh, ave María! Con treinta pesos mensuales no vive ni un gato con un platico diario de leche. Y en esta situación... ¡No, no se case! Que la sostengan esos dos hermanos suyos, diciendo buenas o malas palabras.

¿El amor? No sé, creo efectivamente que la doctora Ki-Ki se interesaría bastante al respecto y le diría a usted: «Si ambos se aman, poco a poco, apoyándose el uno en el otro, la situación se irá haciendo fácil». Sí, eso diría la doctora, no hay que darle demasiadas vueltas. Pero ¿cómo puede apoyarse uno en nadie si no dispone sino de treinta pesos en treinta días —y a veces en treinta y uno, no hay que olvidarlo—, entre los dos?

Así comienzan muchos hogares, que a la larga son felices, se afirma. Ha ocurrido en la historia y no es refutable, por lo tanto. Pero ¿qué hogares? El de Nazaret, por ejemplo, que era el hogar ejemplar, el hogar modelo de la cristiandad.

Allí vivían san José y la santísima Virgen y el Niño Jesús, con su pobreza, con su amor, con sus días llenos de cálida ternura. Evidentemente.

Pero allí cada día se hacía un milagro o, mejor dicho, el milagro era en sí la casa de Nazaret. San José salía por la mañana y en su talleruco hacía una mesita de madera perfectamente espantosa y desvencijada, porque no disponía de muy buenos elementos, ni de muy buenos útiles, ni podía adquirir las maderas más caras, y tenía afán en acabar la mesita. Antes de que hubiese pensado en el precio, pasaba un fariseo espantoso, con cara de ladrón, y le ofrecía cinco pesos por la mesita y se la llevaba. ¡El milagro! Que era el de los panes y los peces, el de la palomita que el Niño Jesús hacía con sus manitas puras y al momento se movía con sus blancas alas entre las manos del Niño, el del agua que corría, el de la no llegada de los cobradores de impuestos. El milagro era el hogar de Nazaret, porque era justo que así fuera. Allí había venido al mundo el Dios de la cristiandad.

Pero imaginar que el milagro se va a volver el pan nuestro de cada día, y en estas épocas tan superficiales y pecaminosas, ya es demasiado optimismo. ¿Qué van a hacer, por ejemplo, en los meses en que su esposo no devengue los treinta pesos? Hay que pensar racionalmente. Usted podría decirme que Dios aprieta, pero no ahoga. Lo que es verdad, pero yo podría contestarle que es muy grave una apretada cuando uno de antemano, y voluntariamente, se ha colocado ya el lazo al cuello.

No, o su novio gana más dinero por cualquier sistema conocido y aun por los desconocidos, que en Colombia son silvestres, sea dicho de paso, o ustedes no pueden vivir.

Y, como no pueden vivir, no pueden casarse para morir de hambre en compañía. No sé cuál sería el consejo adecuado en

Autobiografía de una uña

cuanto a si debe olvidar, darle a él ánimos, decirle que ponga todo su afán en prosperar, o buscarse un novio más rico. Aquí ya entraría en escena la doctora Ki-Ki. Pero, en principio, no se case. Es, de momento, lo más indicado.

El Espectador, 31 de julio de 1943



TERCERA PARTE



LA CARRERA DE KI-KI

Pues sí, señoras y señores, así son las cosas de la vida. Mi amiguita Ki-Ki, aquella que una vez subió temerosa y acobardada las puertas acogedoras de *El Espectador*, va a quedarse en esta casa. Desde el próximo lunes 11 de los corrientes, se hará cargo, muy juiciosamente, de la «Página del hogar», frontera de la mía, en la que piensa poner de relieve su grande ingenio, su talento y su personalidad. No me permite aún que descorra el velo de su seudónimo, porque dice que, si la gente supiera su nombre, sería tanto su temor, que se «entotumaría», y no podría volver a escribir, ni a pensar.

Ki-Ki es ya suficientemente conocida por los lectores que han podido apreciarla a través de sus traducciones, ya de las lecciones de *sex-appeal*¹⁴, ya de las tragedias conyugales, como para que sea necesaria una presentación formal.

Tengo un vago temor de que me desbanque, no por su propia voluntad, que es noble y leal, sino porque estoy notando que mis jefes la están prefiriendo, como mucho. En efecto, no obstante su falta absoluta de juicio y consagración al trabajo, han querido confiarle una página entera, que no tendrá control alguno y en la que podrá poner de relieve las

.....
¹⁴ Atractivo sexual.

mejores prendas de su carácter, de su inteligencia despierta y de su corazón.

Una de las razones por las cuales no la controlarán es que ella es liberal radical, y por cierto hasta con sus tendencias izquierdistas, mientras que yo soy conservadora, de donde viene el continuo escudriñar sobre mi nota diaria. Esto no me lo han dicho, pero lo he comprendido y me tiene muy ofendida, porque, después de todo, lectores, eso de que le hagan más confianza a la nueva que a una, por cuenta de que sus ideas políticas dizque son distintas, a cualquiera lo indigna. Sin embargo, me agrada ver cómo, apenas un año después de mi ruidosa entrada a este diario, que todos miraron con desconfianza, y, por qué no decirlo, con un miedo cerval, hoy en día han cambiado de ideas, saben que las mujeres seremos charlatanas y reidoras, pero buenas compañeras, excelentes empleadas, y cumplidoras del deber, siempre y cuando no nos lo enmarquen entre horas diarias de obligación.

Ki-Ki tiene una maraña de planes en la cabeza para su página que no he podido comprender muy bien, pero que la harán, al parecer, la mejor del diario. Sus traducciones continuarán, teniendo cuidado de hacerlas lo más útiles y amenas posibles para las lectoras. Se hará cargo también de la sección «Inquietudes femeninas», que una vez intenté abrir yo, sin que pudiera realizar mi deseo por falta de tiempo. Hablará de modas, hará comentarios ligeros sobre libros recién salidos, películas, arreglos de interior, y abrirá una sección sobre «Conflictos sentimentales», y qué sé yo qué más. En realidad, no entiendo muy bien su plan en general, pero, como conozco, y mucho mejor de lo que ella cree, a la heroína, puedo garantizar que, si no se deja llevar por su pereza de todas las horas, su página será un éxito.

Desgraciadamente, Ki-Ki tiene un grave inconveniente, porque tiene nombre y apellido y se las ha arreglado para ocupar un rincón muy respetable en el *boudoir*¹⁵ interior que tiene Ki-Ki bien arregladito en su cerebro. Allí se pasa las horas con su pipa en los labios y sus perennes rarezas sentimentales, que mi amiguita se devana tontamente los sesos por interpretar. Esto os lo cuento, futuras lectoras de la «Página del hogar», para que disculpéis sus ausencias mentales, cuando aparezcan, que aparecerán, a no dudarlo, aun cuando ella sostenga hoy día que nada tiene que ver su corazón con su pluma. Lo malo es que nuestra Ki-Ki tiene corazón hasta en la pluma y sospecho que el conmutador que enciende y apaga las luces del corazoncito de Ki-Ki está situado precisamente en el rinconcito donde pasa sus ocios el guapo mozo de la pipa holandesa.

Sabe Ki-Ki que no estoy yo menos contenta que todos mis compañeros por su definitiva compañía; sabe muy bien que la molesto un poco, porque no lo puedo evitar y que, en realidad, le tengo hoy, y le he tenido siempre, una buena dosis de envidia de la mala. Sin embargo, la felicito por su éxito, que deseo que cada día sea mayor, y pongo mi página, mi pluma humilde y mi poca experiencia periodística a su servicio, para cuanto se le ofrezca.

El Espectador, 8 de mayo de 1936

.....
¹⁵ Pequeña habitación privada.



CONSULTORIO SENTIMENTAL

Contesta Ki-Ki, doctora en amor

«Adoro a una mujer; desgraciadamente tiene un carácter tan personal, según dicen, que no he logrado plegarla a mis deseos. Sé que me quiere y ha sufrido por mí. Soy hombre rico, de gran posición, acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Ella es suave, raras veces se enfada, pero no cede jamás. Yo no podría ser feliz mientras no sienta en ella algo más sumiso, más comprensivo, más femenino, ¿no es cierto? Nuestro matrimonio se efectuará pronto. Espero que usted conteste esta consulta, que ella sabe que yo enviaré, dando su opinión sobre lo que ella debe hacer. Le pido franqueza e imparcialidad.

»TARRYL».

Nunca debe someterse una fuerte personalidad. A esa ambición de los hombres se debe el fracaso, tan común en el matrimonio, de las mujeres que valen la pena de vivir para ellas. Es natural que dos personalidades firmes, al encontrarse, choquen y se hieran, pero, si de los dos parte, simultáneamente, una mutua comprensión y mutuas concesiones, pueden encontrar esa extraordinaria cosa que es la felicidad. No trate jamás, Tarryl, de imponerse por el miedo o el

sufrimiento; es un sistema abominable que nunca va a nada bueno. Usted no es sino un gran vanidoso, y no ha pensado que en el amor la dicha no está en mandar y ser obedecido, sino en pensar y hablar y ser comprendido. Para lo contrario, le basta la ayuda de una cámara.

El Espectador, 6 de julio de 1936

* * *

«He encontrado, a través de los años y de mis sufrimientos un alma que, llena de ternura y cariño, mitigó mis pesares. Dada la circunstancia de que trabajamos juntos, no pude huir de su amor. Mas el destino, que siempre es adverso, quiso que nos encontrásemos cuando ya no podíamos unir nuestra suerte, forjando las más ardientes ilusiones, por lo mismo imposibles. Para mí es muy duro olvidar este amor, porque su cariño ha echado raíces en mi corazón. ¿Qué quiere usted que haga?

»LIRIO DEL VALLE».

No, ¿cómo «querer»? allá usted. Yo no quiero que haga nada. Y tampoco puedo darle un consejo porque no he podido aclarar si en su drama usted es el hombre o la mujer. ¿Encontró un alma? Bueno, pero ¿masculina o femenina? ¿Le es muy duro olvidar ese amor? Muy bien, pero ¿su amor lleva nombre de hombre o de mujer? La firma puede utilizarla igualmente un romántico de cualquier sexo. Usted comprenderá, Lirio del Valle, que en estos casos el sexo no solamente es importante, sino esencial.

El Espectador, 7 de julio de 1936

* * *

«Tengo veintiún años y hace dos y medio tengo relaciones con un joven de unos treinta y dos años, inteligente y merecedor de todo mi cariño por su caballerosidad. Desde un principio tanto él como yo hicimos de nuestro amor un ídolo y fue nuestro cariño lleno de constancia y fidelidad, jamás habíamos encontrado inconveniente para vernos los domingos y días de fiesta, pero ahora, contrariando la costumbre, deja de visitarme los domingos dándome de pretexto las partidas de fútbol. Yo quisiera creerle, porque jamás ha usado la mentira, pero algo superior no me deja y me siento atormentada. Como usted comprende que nada en la vida es seguro, y menos tratándose de los hombres, le sabría agradecer que me diera su consejo, porque con verdad le confieso que lo quiero mucho y sufriría mucho al perderlo.

»MAGUITA CELOSA».

Todos los seres humanos usan la mentira, a menos que sean mudos. De manera que, seguramente, a veces en mucho o en poco, él le mentará a usted, como usted, amiguita, le ha mentado a él varias veces, ¿no es cierto? Pero en este caso no; él se va a las partidas de fútbol, esté plenamente segura, y con él muchísimos otros novios que adoran a sus respectivas elegidas, pero no pueden resistir al atractivo de la partida. Cuando un novio dice que no puede ir porque se partió una pierna, porque su tía agoniza, porque la casa se ha incendiado, etcétera, seguramente se trata de una disculpa. Pero si le dice que se va a toros, a tenis y, sobre todo, a fútbol, esté segura de que habla con la mayor sinceridad de su vida. Pero

¿el amor? ¡Ay!, ¡si es que el amor al deporte siempre la lleva ganada! ¿Y eso por qué? Porque, niña, tenga un poquito de comprensión, porque no se puede disfrutar sino a las horas y en los días exactos que fijan los empresarios, los cuales, seres monstruosos, ogros de la edad moderna, no tienen para nada en cuenta la destrucción de las ilusiones en las novias que esperan el domingo. ¿Qué hacer, pues? Aficionarse al fútbol, pero no vaya con su novio, porque entonces, si resultan partidarios de distinto *team*¹⁶, usted, suave Maguita Celosa, usted también le romperá la cabeza a su amado.

El Espectador, 14 de agosto de 1937

* * *

«He censurado siempre a las personas que acuden a su consultorio, pareciéndome una torpeza hacerlo. Y allá voy con mi problema, señora, que me tiene loco, sin poder dormir, trabajar ni hacer nada. Le suplico que no lo tome a broma. No le pido consejo, sino una explicación. Soy político, edad: cuarenta y tres años, aunque creo inútil este dato; rico, de primera posición social, respetado y casi feliz. El «casi» se lo pongo porque mi esposa, que tiene cualidades muy buenas, ha cambiado en forma tan extraña, que me está haciendo perder la felicidad. Es bogotana, de familia muy honorable, bonita, muy correcta, buena ama de casa y, sobre todo, muy agradable compañera. Su único defecto era —hágame el favor de tenerlo en cuenta— ser caprichosa en exceso,

.....
¹⁶ Equipo.

amiga de enfadarse a cada momento por bobadas, aunque fácilmente volvía a estar de buen humor. Muchas veces yo le había pedido un poco de calma, que fuera reflexiva; sin lograr nunca nada. Llevamos catorce años de matrimonio y mi problema, doctora, consiste en que a raíz de una discusión que tuvimos, por una fiesta a la cual no quise ir, ni llevarla, se ha vuelto moderada, mansa, llena de amabilidad y sin ponerse brava nunca por nada. Sin embargo, no estoy tranquilo y me parece que vivo con otra mujer. Quisiera volverla a su ser anterior, lleno de gracia y viveza, volver a soportar sus malos humores que, ahora vengo a descubrir, eran encantadores. En una palabra, siento que he roto la dicha que tenía en la mano. ¿Cómo decirle ahora que yo admiraba lo que siempre reproché en ella?

»ADMIRADOR DE ÚLTIMA HORA«.

Le advierto, con pena, que su problema está muy distante de donde usted lo ha situado. ¿Cambiar una mujer? No, mi amigo, no sea ingenuo. Lo grave ahí no es el cambio que usted extraña, sino lo que haya debajo de esa evolución. Las alteraciones violentas se las permite la naturaleza, pero no es un lujo que se dé la humanidad. ¡Y cambiar en bien! De brava a mansa, de exigente a resignada, de caprichosa a modesta. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! Eso no ha existido, ni existe, ni existirá. Ya lo creo que hay un problema en su caso y en su casa, pero muy diferente. En esa discusión usted probablemente ofendió a esa mujer muy duro, sin darse cuenta, o bien ella ya estaba «harta», como dice el diccionario de la Real Academia, o «jarta», como dicen las bogotanas de las más altas clases sociales. Y resolvió embromarlo. ¿Cómo? No sé. El problema está en buscarla de nuevo, encontrar esa

psicología que se empeña en ocultarse, volver a hacer las paces —aunque sean las guerras— antes de que ese plan que ella fragua, tras el reposo de su dulcedumbre, le amargue a usted la vida. Me dice que es político, ¿no? Recuerde a Stahl: «Con las mujeres ocurre lo mismo que con los pueblos: ¡siempre aparecen más sumisos en vísperas de una revolución!». No se preocupe por volverla a su exencantador mal carácter. Coja la pista que le doy y ande con cuidado, que de esas pequeñas discusiones matrimoniales se derivan casi siempre las grandes tragedias de la vida.

El Espectador, 21 de agosto de 1937

* * *

«Soy mujer honorable, cumplidora ante todo del deber, católica y de mi hogar. Mi familia es muy distinguida, oriunda de Boyacá. Aunque nunca me ha gustado el estudio, poseo todos los conocimientos que necesita una mujer sin ideas modernas, que ama a su marido y a sus hijos. Mi marido es ingeniero, nunca me ha querido mucho y poco tiene en cuenta mis cualidades. Sin embargo, ya se quisiera la mayoría una mujer tan segura y piadosa como yo. Últimamente le he dicho que llegue temprano a la casa, pues allí está su puesto, y contesta siempre que un hombre necesita cambiar ideas. Como en días pasados le dije que bien podía conversar conmigo, me respondió, sin ninguna educación, que yo era una chismosa y beata, que hablaría conmigo si tuviera la cuarta parte de la cultura que la doctora Ki-Ki. Como ni sus conocimientos ni su sección me han parecido nunca una maravilla, ni mucho menos, y además

siempre he oído decir lo poco que valen las mujeres letradas, le comunico que es usted insoportable y me está haciendo insoportable la vida, y que no estoy dispuesta a que mi marido la admire, ¿entiende?

»BUENA».

¿«Buena» para qué? Porque me he visto en grandes complicaciones para volver su carta leíble. Ha podido estudiar poco, pero al menos lo suficiente para no escribir *oriunda* con *b* ni *conversar* con *b* labial. Eso no se le ocurre a nadie. Siento mucho que no esté dispuesta a que su marido me admire, porque dada la psicología suya me parece tal fenómeno absolutamente inevitable. Me doy perfecta cuenta de la opinión que le merecerán las mujeres que han leído, pero no estoy dispuesta en este caso a complacerla para volverme chismosa, beata y de esas que ya se quisieran muchos hombres, como usted. La afición a leer no se ha dado a todos, es privilegio de algunos que fijan el agrado de su vida en censurar las acciones de otros. «El amor a los libros hace la vida soportable a un cierto número de personas bien nacidas», dijo sabiamente Anatole France. Pero usted no tiene por qué creerle a Anatole France, señor que no le ha sido presentado.

El Espectador, 31 de agosto de 1937

* * *

«Tengo una hija de dieciséis años que desea casarse con un joven sobrino mío, bien educado, inteligente, pero muy revolucionario. Él le conviene a la muchacha, pero a mí me aterran sus ideas políticas, que no pueden llevarlo a parte buena. Me he opuesto por eso al

matrimonio, aunque muy prudentemente, pero como ella está muy enamorada y él también parece quererla mucho, no sé qué hacer. La edad del muchacho es de veintiséis años. ¿Cómo me aconseja usted que proceda?

»MADRE«.

Todos los hombres son revolucionarios en su juventud; todos reaccionarios en su vejez. Son casos biológicos que se presentan con la edad, como el sarampión o la tosferina. El inconveniente ahí está en la edad de la muchacha, que muy probablemente profesará las mismas ideas suyas, aunque por el momento las tenga relegadas en virtud de ese fingimiento sincero que nos da el amor, como una máscara, pero que aparecerán muy pronto. Como no es probable que sea prudente, puede ser desgraciada. Por lo demás, las ideas políticas, de cualquier clase que sean, no llevan en sí germen bueno ni malo; todo depende de la rectitud y honradez que tenga el hombre que las practica. Creo que usted no debe oponerse al matrimonio, pero sí pedir un plazo prudencial que dé cierta firmeza al criterio de la muchacha. Dejarla llegar a los veinte o veintidós años, por ejemplo.

El Espectador, 10 de agosto de 1938

* * *

«Hace algún tiempo conocí a una joven bogotana de singulares atractivos físicos, prendándome de ella hasta el exceso. Mi acometividad amorosa llegó hasta el punto de hablarle. En todo el tiempo de nuestras relaciones correspondió ampliamente a mi cariño. Me di a la tarea de conocerla por su aspecto moral para ver

si correspondía a su físico, más, ¡oh, desgracia! Tan solo encontré allí un árido y desolado panorama. Resulta que aquella mujer no piensa y en una apariencia de interesante reserva escuda su insigne estupidez. Quienes la conocen aseguran que se trata de una mujer de talento y socialmente se la considera como una joya. Estoy comprometido con ella de una manera irrevocable y he fijado un plazo que está por vencer. Me es imposible desbaratar el compromiso porque con ello comprometería mi vida, pues mi porvenir depende de la posición económica de ella. Esa mujer como negocio sería magnífica y como esposa inconcebible. Defiéndeme.

»EDUARDO VIII».

Casarse con un negocio es siempre inconcebible, pero si usted pretende que su situación monetaria futura se funde en la fortuna de ella, ¿cómo ha pensado por un momento casarse con una mujer inteligente? (Además, esta tampoco le dará un centavo...). Nadie debe dedicarse a conocer a otro por su aspecto moral. En primer término, porque lo único que puede saberse positivamente de la moral de las personas es que cambia, y además no se las conoce nunca. No se olvide de que los guías más expertos se pierden en los áridos y desolados desiertos. No lo considero un buen psicólogo y de todas maneras hará un mal matrimonio y un mal negocio. Creo que debe casarse, pues es la única forma que tiene para comprobarlo de una manera efectiva.

El Espectador, 24 de agosto de 1938

* * *

«Tengo veinticuatro años, novia joven, elegante y bonita, dos años menor que yo. Soy de buena familia, de esta ciudad, de una cultura bastante grande, y deseo casarme pronto. La situación que me lo impide es la siguiente: he estado ocupando durante un tiempo un cargo mal remunerado, con la seguridad de que ciertas circunstancias harían que mis jefes me ascendieran notablemente. Soy un empleado que, por muchas condiciones, puede desempeñar cargos de verdadera responsabilidad. Pero sucede que se han desconocido mis servicios porque en Colombia no se aprecian mejor los trabajos superiores que los otros. Mi novia esperaba que yo arreglara las cosas en serio para ahora y, aunque no me ha dicho nada, siempre está disgustándose por pequeñeces. He buscado una ocupación a la altura de lo que puedo dar, pero como usted sabrá, aquí es muy difícil para un hombre preparado abrirse camino. Estoy desesperado en la situación que le refiero, y no sé qué hacer, por lo cual recurro a usted.

»DESCONCERTADO».

Desacuerdo absoluto: no hay en el mundo ningún país en el que puedan abrirse camino tan fácilmente los hombres preparados como en este. En Colombia faltan muchas cosas: puentes y caminos, escuelas y hospitales, barcos y ferrocarriles. Pero nada es tan escaso como el elemento humano aprovechable. No es usted el hombre superior que se imagina. Si lo fuera, se lo disputarían, porque aquí faltan empleados competentes, obreros que sepan su oficio, agricultores capaces, mecánicos entendidos, ministros, secretarios, mecanógrafas, médicos, generales, soldados. Este es un país en el que precisamente —porque todo el mundo se

creo capaz de todo— nadie sirve para nada. El drama nuestro, el único verdadero, como diría el padre Astete, es que nadie está aquí preparado para una sola cosa. Por un hombre eficiente hay cientos que han trabajado en todo y no tienen bases sólidas para salir adelante en nada.

Deje a un lado su pequeña y fatua vanidad de los veinticuatro años y vea hasta qué punto se utilizan y se necesitan los pocos hombres especializados en cualquier cosa que sea. Procure mejorar sus condiciones mentales, el trabajo que rinde, y no culpe a los demás de que su incapacidad sea notoria o su rendimiento casi nulo. Tan poco era su valor, que todo lo esperaba de que lo ascendieran, pero no de sí mismo. ¡No diga tonterías! Y en cuanto a su novia, me parece que al paso que van las cosas acabará por ponerlo de patitas en la calle, para no oír sus disertaciones sobre lo que se ha perdido la república, o la empresa, o la profesión en que trabaje, no utilizando y remunerando eficazmente sus servicios.

El Espectador, 26 de agosto de 1938

* * *

«Soy pobre, de buena familia, más bien bonita. Tengo un novio que me manifiesta cariño, es trabajador y honrado, pero me ha dicho que no me case con él porque ambos estamos muy jóvenes. Yo tengo dieciocho años y él veintidós. Mi madre no piensa como los demás y dice que ella se casó joven y fue muy feliz. Él puede casarse, porque trabaja en un campamento, pero cerca de una ciudad, y todo el mundo lo aprecia. ¿Qué debo hacer?»

»ROSITA, ARMENIA«.

Estoy con su madre: cácese. Cuando se quiere mucho, hay juventud y un buen porvenir, debemos aprovechar todo eso. Más fácil es entenderse entre dos jóvenes que entre dos viejos, entre otras razones, porque el secreto de la vida feliz no está sino en saber sentir la juventud. Además, si después se arrepiente, lo mismo le habría pasado casándose dentro de dos, cuatro o diez años. Las gentes no se aburren dentro del estado conyugal porque hayan llegado a él jóvenes, maduras o viejas, sino porque llegaron.

El Espectador, 3 de septiembre de 1938

* * *

«Mi vida es muy difícil, tengo veintidós años y estoy casado desde hace cuatro. Mi mujer es buena y hacendosa, vivimos en una casa de piezas, con dos niños que tenemos, y nunca hemos dejado de entendernos muy bien. Pero yo gano únicamente cuarenta y seis pesos y con esa suma nos es imposible sostenernos. ¿Qué debo hacer en esta situación?

»**ARRUINADO**».

Pero, amigo, esto es un consultorio sentimental. No se tratan asuntos de finanzas ni se organizan presupuestos domésticos. Siento mucho lo que le sucede, pero no soy la llamada a ayudarlo y no puedo influir para que le suban el sueldo.

El Espectador, 17 de septiembre de 1938

* * *

«Sereño es casado desde hace diez años. Su mujer tiene una mediana fortuna, que ella misma administra, y en algunas ocasiones le ha ayudado en cuestiones de negocios. Él ha trabajado mucho. Tiene cuatro hijos, el mayor de nueve años, muy inteligente, que está siguiendo sus estudios con bastante provecho. Últimamente la situación monetaria del consultante ha mejorado, ganó una suma respetable y quiere con ella irse a pasar unos meses de descanso en el exterior, que se considera bien ganados. Pero su esposa dice que también quiere viajar, aunque ella no ha hecho nada y ha llevado una vida muy tranquila. Al negarse él, dice la mujer que venderá sus propiedades y se irá por su cuenta, con los niños. Esto sería muy grave porque entonces, al regresar, el Sereño no tendría base para volver a trabajar. Considera que su esposa es demasiado exigente y pregunta qué ha de hacer para convencerla del error en que está.

»SEREÑO».

Pero no hay tal error; ¿le parece poco sostener la casa, tener cuatro hijos, economizar incesantemente para darle dinero a usted, para que después diga que ella no ha hecho nada? Y usted ¿qué ha hecho? Fracasar durante diez años para al final poder realizar un negocio afortunado y pretender ahora irse a gastar alegremente el producto y volver a que de nuevo le ayude su mujer. Hay que convenir en que como egoísta es usted bastante distinguido.

Ninguno de los dos debe irse; siga trabajando, aumente su capital y cuando tengan suficiente, dentro de otros diez años, váyase con su mujer y sus hijos. Por el momento me parece

que su esposa tiene razón y obvio es decir que no podrá vencerla de ninguna manera.

El Espectador, 21 de junio de 1939

* * *

«Estoy casado desde hace más de quince años. Mi esposa es buena, de su casa, y se ocupa con cariño de todas las cosas que me atañen. Pero tiene muchas amigas. A cada paso anda en chismes y enredos con ellas porque es muy charlatana y siempre anda diciendo todo lo que sabe. Aunque ya debiera tener experiencia, no se corrige y siempre que le cuento alguna cosa en la intimidad, después sale a repetirla, llegando al final a causarme muchos disgustos. Por mi profesión, que es muy delicada, temo salir algún día seriamente perjudicado e incluso perder un puesto que me representa mucho. ¿Hay alguna manera de convencer a una mujer para que se deje de contar todas las cosas, que solo se dicen para ella y cuyo conocimiento, por los demás, constituye una indiscreción, de caracteres muy graves a veces?

»**ATADILLO**».

Pero, bueno, vamos a aclarar este asunto. ¿Quién es el indiscreto: usted o ella? Puede fácilmente deducirse de su consulta que usted es hombre que tiene una posición en la que se entera de asuntos delicados, que sale a contárselos a su mujer, sabiendo muy bien que tiene muchas amigas y es charlatana y amiga de causar sensación, lo que es defecto o virtud de todas las mujeres. Y sabiendo eso, y que puede salir gravemente perjudicado, va todos los días a relatarle,

con lujo de detalles, lo que sabe y lo que supone. ¿Que después se arman unos enredos tremendos? No lo dudo; pero ¿para qué va a contárselo todo? No le cuente y todo estará remediado.

Las gentes en Colombia, y este es defecto de los dos sexos por igual, piensan que es guardar reserva no informar de las cosas sino a una persona. Siempre resulta que esa una, dizque, era de toda confianza. Reserva, mi amigo, es no contar nada cuyo conocimiento pueda causar disgustos a otro. Ni a la mujer, ni al marido, ni a la madre, ni al íntimo amigo. Cállese usted la boca, y no le eche la culpa a su mujer de repetir lo que, después de todo, a ella también le repitieron.

El Espectador, 6 de marzo de 1939

* * *

«Estoy de novio, hace cinco meses, de una muchacha bonita y de posición social muy destacada. Ella figura mucho, ha sido bastante cortejada, pero el primer novio serio que tiene soy yo. Su edad es de unos veintitrés años, he calculado, y la mía de veintiséis. Hasta ahora siempre se había manifestado afectuosa conmigo, no mucho, porque es algo fría, pero el domingo pasado me ocurrió lo siguiente. Desde hace unos dos meses está viviendo con su familia en tierra templada, por causa de una enfermedad de su padre. He bajado a visitarla todos los sábados para volver los domingos, teniendo cuidado de llevarle siempre obsequios, llamarla por teléfono entre la semana una o dos veces, y cumplir con cuanto me dicta el amor que le tengo.

»Al llegar el domingo la hallé displicente. Le pregunté qué tenía y me dijo que le dolía un poco una muela y no sabía qué hacer. Pero empezó a parecerme extraño que la muela le siguiese doliendo a todas horas. A las cinco de la tarde se retiró a su cuarto y luego su madre me dijo que se había acostado. Después vi que no era cierto, porque varias veces la vi paseándose, por la ventana iluminada. El domingo estuvo sin hablar palabra, y cuando pudimos estar solos no dijo casi nada. Ante mis reproches me contestó de mal humor que no la molestara. En vista de eso me vine antes de lo que pensaba y no sé cómo interpretar su actitud. Deseo doctora, que usted me diga qué debo pensar y qué debo hacer.

»DESCONCERTADO».

Dígame: ¿nunca en sus veintiséis años ha tenido usted dolor de muela, grandísimo animal? Bueno cuando a una persona le duele una muela, retrocede inmediata y automáticamente a la época de las cavernas. Sus deseos son precisos, definidos y primitivos: tener pico en vez de boca, asesinar a los semejantes y no tratar a nadie. ¿El amor? ¿La inteligencia? ¿La sensibilidad? ¿La educación? Esto y todas las demás convenciones e instintos son para seres que no tienen dolor de muelas. Al individuo que tiene un absceso le importan un comino las cosas materiales, espirituales, morales y temporales. El cuerpo con sus pasiones, el alma con sus sentimientos, el universo entero, se encierra entre la cavidad cariada.

Usted le pregunta a la chica qué tiene. Ella dice que dolor de muela, y usted, en vez de precipitarse pleno de amor a buscar un vehículo para conducirla a casa del más próximo dentista, se pone a hablarle de amor. No puedo explicarme

cómo no le asestó un hachazo en la cabeza. Probablemente por no tener a mano el instrumento homicida. Pero ¿dijo que se había acostado y no fue así? Sí fue así, pero le aumentó el dolor; entonces se empezó a pasear frenética de un lado a otro, haciendo buchecitos de agua fría, supongo. ¿Y no pensaba en usted? No. Nadie en el mundo ha pensado nada mientras le duele una muela. Llámela inmediatamente a averiguar cómo ha seguido. Y no le dé importancia a lo que haya dicho o dejado de decir. En esas horas, ella no tenía sino amor intenso, ardiente y pleno de deseo de tomarse cuarenta tubos de Cafiaspirina. Y su único ideal, su ambición suprema, era que se le evaporase la boca entera y probablemente la mandíbula. ¡Ah, es inconcebible la incomprensión de los hombres!

El Espectador, 17 de febrero de 1940

*Este libro de la escritora
Emilia Pardo Umaña
se terminó de imprimir
en noviembre de 2021.*

Bogotá, Colombia